

MAR-4/2004
1613620010

MEDIOS

SENCILLOS Y PRÁCTICOS DE SANTIFICACION

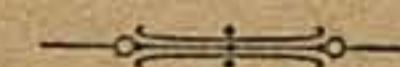
SACADOS

DE LA SENCILLEZ DE MARIA

POR

D. Pedro Dallerés,

Párroco de Ribas.



*Atiende á todo lo que en este claro espejo
se te representa y no tardes en imitarme.
Palabras de la Madre de Dios.—Mística
Ciudad, 2.^a parte, núm. 1508.*



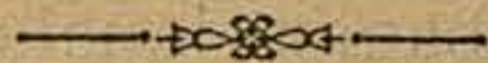
LÉRIDA

IMPRESA MARIANA

1894



Introduccion.



Nada hay tan tierno y que inspire mayor confianza y seguridad á un hijo que su madre; y si ésta es muy poderosa la seguridad que cabe á tal hijo es completa.

Siendo, pues, la Santísima Virgen Madre de Dios y como tal omnipotente, y siendo tambien madre nuestra, tenemos en Maria reunidas todas las condiciones que se requieren para una proteccion efficacísima. Así lo afirman los santos Padres y lo confirman la razon y la experiencia.

Entre la diversidad de asuntos en que Maria manifiesta su omnipotencia y voluntad para con nosotros, el objeto que lleva la preferencia es nuestra salvacion, que es el fin por el cual su divino Hijo bajó del cielo y murió en la cruz. Pero como además de ser efficacísima esa proteccion de la Madre de Dios para alcanzarnos todas las gracias conducentes á nuestra salvacion, que se consigue con el ejercicio de todas las virtudes, nuestra Madre las practicó todas del modo más perfecto, debemos elegirla como *nuestra patrona*, en la doble acepcion de esta palabra; esto es, debemos acudir á ella como abogada y protectora nuestra para recabar del cielo todas las gracias, especialmente las conducentes á nuestra salvacion, y debemos tambien mirarla como nuestro dechado y modelo para imitarla en la práctica de los medios de santifi-

cacion: ella misma lo dice en estas palabras. *En mí está toda la gracia del camino y de la verdad: en mí toda esperanza de vida y de virtud* (1) y estas otras que dijo á Sor Maria de Agreda: *Sígueme por la imitacion perfecta de todas las obras que de mí te manifesto* (2).

Pero se nos replicará, ¿cómo siendo nosotros tan débiles é inclinados al mal, podemos pretender imitar ni remotamente á la que, segun dice Santo Tomás, toca de cerca los límites del infinito? ¿Cómo podemos acariciar la esperanza de ensayar en nosotros ni siquiera un bosquejo del cuadro de celestiales virtudes que con mano maestra ejecutó la Virgen? á lo que contestaremos que no se pretende que debamos igualar, sinó imitar; y aún añadiremos que este acto de imitacion es muy relativo.

Para manifestar esta verdad con algun simil, nos serviremos de la doctrina que enseña el Angélico Doctor al tratar de la vision beatifica: dice que los bienaventurados de ningun modo pueden comprender la esencia divina y que ni siquiera pueden verla por sus propias fuerzas, porque el objeto conocido ha de estar en el entendimiento del que lo conoce segun lo permite la naturaleza de éste; y como la esencia divina excede la potencia cognoscitiva del bienaventurado, no puede éste alcanzarla de modo alguno; pero que consigue verla mediante el auxilio superior de la *luz de la gloria*; luz que es más ó menos intensa, segun la disposicion en que está el alma por medio de la caridad y méritos contraídos (3).

Aplicando en lo posible esa doctrina á nuestro objeto, diremos que aunque no nos es dado extirpar nuestras pasiones desordenadas, ni vivir sin defecto alguno, y por lo mismo no podemos llegar al ápice de perfeccion que alcanzó la Reina del cielo, podemos sin embargo perfeccionarnos y debemos procurar con todo esfuerzo conseguirlo: para lo cual tantas más gracias se nos conce-

(1) Eccli. XXIV, 25.

(2) *Mistica Ciudad de Dios*, 3.^a par. núm. 339.

(3) 1.^a P. Qu. 12, art. 437.

derán, cuanto más nos esforcemos nosotros en cooperar á las mismas. Y como para practicarlo es sumamente útil tener á la vista dechados completamente perfectos, por este motivo presentamos á María que supo imitar perfectamente á Jesucristo, que es la imágen sustancial del Padre.

Y si bien Maria se nos presenta colocada en una altura inconmensurable, no olvidemos que para dar en un blanco, es muchas veces indispensable tomar la punteria alta. Además de que, Maria juntó á una admirable perfeccion suma sencillez, llanura y humildad; y este es precisamente el punto de vista bajo el cual debemos estudiar ahora á la Virgen, si queremos ajustarnos al tema que encabeza estas líneas.

A fin de abarcarlo mejor, consideraremos dicha sencillez extrínseca é intrínsecamente, ya que en ámbos conceptos se nos suministrarán medios oportunos de santificacion; pues por una parte, la llanura y simplicidad con que Maria practicó y enseñó los más fundamentales medios de santificarse, nos manifestará extrínsecamente por modo práctico y seguro cómo debemos nosotros ejecutarlo; y por otra, la misma sencillez de la Reina del cielo nos proporcionará otros medios, derivados intrínsecamente de la misma y perfectamente adoptados á nuestro alcance: de cuya textura resultarán en nuestro humilde parecer, muy competentes *medios de santificacion sencillos y prácticos, sacados de la sencillez de Maria*.

Para cumplir este nuestro propósito nos serviremos, como ya hemos empezado á practicarlo, de las importantes revelaciones y lecciones prácticas con que la misma Madre de Dios adoctrinó á la Venerable Sor Agreda, conforme consta en su preciosa obra, titulada *Mistica Ciudad de Dios*.

No temamos quedar deslumbrados por la refulgente y esplendorosa luz que difunden las eminentes obras de Maria; pues Ella misma nos dice las siguientes palabras: «Ninguno de los mortales tiene excusa para no arreglar su vida á la imitacion de la de mi Hijo santísimo y la

»mia; pues para todos fuimos ejemplo y dechado, donde
»todos hallasen que seguir cada uno en su estado (1).»

De todo lo cual se deduce que, propiamente, nada
habrá nuestro en esta obra, sino los defectos de que sin
duda adolecerá.



(1) 3.^a par. núm. 552.

CAPÍTULO I.

Debemos procurar santificarnos á ejemplo
de Maria.

SANTA é inmaculada Maria desde su Concepcion, dota-
da además desde entónces del uso de la razon y con-
firmada en gracia, correspondió siempre admirable-
mente á esos divinos favores. «Estas gracias no estuvieron
»en mí ociosas, dice la Madre de Dios, antes siempre fruc-
»tificaron todo cuanto en pura criatura era posible (1).»

«Dió tales frutos de santidad, dice sor Maria de Agre-
»da; hablando de la Reina del cielo, practicó tantos y tan
»heróicos y continuados actos de todas las virtudes, que
»halló el Altísimo en Maria Santísima la plenitud de su
»agrado, el lleno de su deseo y la correspondencia de
»pura criatura debida á su Criador. Con esta santidad y
»merecimientos se halló Dios como obligado y (á nuestro
»entender) compelido para apresurar el paso y extender
»el brazo de su omnipotencia á la mayor de las maravi-
»llas que ántes y despues se conocerá, tomando carne el
»unigénito del Padre en las entrañas de esta Señora (2).»

Por la fidelidad con que la Virgen Santísima corres-
pondió á tan estupendas gracias, le concedió el Señor
otras inefables, pues al dar á luz al Hijo de Dios, Este le
dijo: «Aseméjate á mí que por el sér humano que me has

(1) 3.^a parte núm. 623.

(2) 2.^a parte núm. 3.

»dado quiero hoy darte otro sér nuevo de gracia más le-
»vantado, que siendo de pura criatura se asemeje al mio
»que soy Dios y hombre; pero imítame en ser perfec-
»ta (1).» Palabras que llenas de virtud infinita repitió mu-
chas veces Jesús á su Madre; y ésta para cumplirlo y san-
tificarse cada dia más, aprovechó todas las ocasiones, se
valió de todos los medios y arrostró todas las dificultades.

Tal es el modelo que debemos imitar, teniendo pre-
sente, que si bien es cierto que la Virgen Santísima obró
tan dignamente porque fué santa y elegida para Madre de
Dios, tambien lo es que fué enriquecida con mayores gra-
cias y fué digna de concebir en su seno al Eterno, por-
que correspondió fielmente á las gracias que el Señor le
concedió, por lo que debemos nosotros esforzarnos en
imitarla, no desperdiciando ocasion ni circunstancia algu-
na por difícil que sea.

Pero, para que conozcamos mejor lo que debemos ha-
cer para perfeccionarnos y santificarnos, oigamos lo que
la misma Reina del cielo dijo á sor Maria; es á saber: «La
»flaqueza humana siempre obra en lo bueno ménos de lo
»que se extiende su deseo; y cuando éste no es grande
»ejecuta muy poco; pues, si desea poco, pónese á riesgo de
»perderlo todo. El que se contenta con lo mediano ó ín-
»fimo de la virtud siempre admite afectos terrenos y tran-
»sitorios, y éstos se oponen á la virtud y amor divino (2).»

Como si dijera: para perfeccionarte y santificarte has
de desearlo de todas veras, con toda energia y eficacia;
de lo contrario, nada conseguirás.

Pero oigamos sobre lo mismo otras enseñanzas que
nos dá la Madre de Dios; pues no tienen desperdicio. «La
»naturaleza humana, dice, es imperfecta y remisa en
»obrar las virtudes, y frágil en desfallecer: se inclina mu-
»cho al descanso y repugna el trabajo con todas sus fuer-
»zas. Cuando el alma escucha y contemporiza con las in-

(1) Id. núm. 480.

(2) 3.^a par. núm. 773.

»clinaciones de la parte animal, ésta se hace superior á
»las fuerzas de la razon y del espíritu, y la reduce á vil
»servidumbre. Advierte que un descuido voluntario en
»una imperfeccion dispone y abre camino para otra y es-
»tas para los pecados veniales y éstos para los mortales,
»y de un abismo en otro se llega al profundo. Para pre-
»venir este daño se debe atajar muy de léjos la corriente;
»porque una obra que parece pequeña es antemuralla que
»detiene lejos al enemigo; si éste hace portillo con algun
»pecado, aunque no sea grave, ya tiene más fácil y se-
»guro el asalto del reino interior del alma, y como ella se
»halla debilitada con los actos y hábitos viciosos, y sin
»las fuerzas de la gracia, no resiste con fortaleza, y el de-
»monio que la tiene adquirida la sujeta y oprime sin ha-
»llar resistencia.»

«Considera pues, prosigue la misma Reina, cuánto ha
»de ser tu desvelo entre tantos peligros y cuánta tu obli-
»gacion para no dormir entre ellos. Trabaja porque seas
»puntual, en el cumplimiento de todas las leyes, para ti
»no haya mandato ni accion perfecta que sea pequeña;
»ninguna desprecies, ni olvides: obsévalas todas con ri-
»gor. Considera en todo que tienes Dios á quien servir,
»Padre á quien obedecer y Maestra á quien imitar y se-
»guir (1).»

Esas son las admirables enseñanzas que la Madre de
Dios nos dá sobre este punto: y añade; que para animar-
nos á procurar cada dia nuestra mayor santificacion, po-
demos servirnos como de estímulo, de la esperanza de la
gloria eterna que está prometida y se dará al que procu-
rará ponerlo por obra, y del temor de las penas sin fin
con que se castigará al siervo negligente y perezoso (2).

Otros ejemplos y lecciones importantísimas nos dá so-
bre lo mismo la Reina del cielo, algunas de las cuales ve-
rémos en los capítulos siguientes.

(1) 1.^a Part. núm. 475.

(2) 3.^a par. núm. 770 y siguientes

CAPÍTULO II.

Debemos aprovecharnos de la predicacion
de la divina palabra.

El mismo Hijo de Dios hizo el más elocuente y cumplido elogio de los que se aprovecharian de la predicacion de su divina palabra: pues, segun refiere San Lucas en el capítulo once de su Evangelio. «Mientras Jesucristo estaba predicando, una mujer de enmedio del pueblo levantó la voz y le dijo: Bienaventurado el vientre que te trajo, y los pechos que mamaste. Y Jesus contestó: Antes bien, bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la cumplen.»

¿Qué podremos añadir á tan encomiásticas palabras? ¿Cuán digna, cuán admirable y llena de gracia no fué la Virgen por haber sido destinada para Madre de Dios? Pues, como observa San Agustin, comentando ese pasaje: «Maria fué más feliz recibiendo la fe de Jesucristo en su corazón que concibiendo en su vientre virginal la carne de Jesucristo.» Y como la fe nace por medio de la predicacion de la divina palabra, no hay que ponderar la avidez y el respeto con que la Santísima Virgen la escucharia.

Escribe Sor Maria de Agreda que «el Hijo de Maria durante su vida oculta habia grabado profundamente en el corazón de su Madre todos los misterios y doctrina de la ley de gracia, y con ser esto así, añade, era tan solícita y atenta en oír la predicacion y doctrina de su Hijo santísimo, como si fuera nueva discípula; y tenia ordenado á sus Angeles santos que le ayudasen especialmente, y si fuere menester la avisasen, para que no faltase jamás á la predicacion de su divino Maestro; y siempre que predicaba y enseñaba su Magestad, le daba ella la reverencia y culto que se debia á la persona y á la doctrina, segun sus fuerzas alcanzaban: y con su profunda reverencia y

»atencion movia y enseñaba á todos el aprecio que debian
»hacer de la enseñanza y palabras del Salvador del mundo. Sentia íntimo y lastimoso dolor de que Dios no fuese
»conocido, adorado y servido por todas sus criaturas. De
»las almas que no admitian la gracia y virtud divina se
»dolia con amargura inexplicable; porque solia llorar sangre en este sentimiento.»

«A todos los discípulos que seguian al Salvador, y su Magestad recibia para este ministerio, los trataba con incomparable sabiduria y prudencia: y á los que fueron señalados para Apóstoles tenia en mucha veneracion y aprecio y hacia oraciones continuas y fervorosas por ellos (1).»

En lo que acabamos de trascribir, tenemos trazada la conducta que debemos seguir respecto de la divina palabra.

Pero lo conoceremos aún más claramente, oyendo la utilísima y sencilla leccion que la misma Madre de Dios dió á Sor Maria en la siguiente doctrina. «No sólo has de oír con respeto la voz interior del Señor; sino que también á sus ministros, sacerdotes y predicadores cuyas voces son los ecos de la del Altísimo Dios y los arcaduces por donde se encamina la doctrina sana de la vida derramada de la fuente perenne de la verdad divina. En ellos habla Dios y resuena la voz de su divina ley; óyelos con tanta reverencia que jamás halles defectos en ellos, ni los juzgues. Para tí todos han de ser sábios y elocuentes y en cada uno has de oír á Cristo mi Hijo y mi Señor, y con esto estarás advertida para no caer en la osadia loca de los mundanos que, con vanidad y soberbia muy reprehensible y odiosa á los ojos de Dios, desprecian á sus ministros y predicadores, porque no les hablan á satisfaccion de su depravado gusto. Como no van á oír la verdad divina, sólo juzgan de los términos y del estilo, como si la palabra de Dios no fuera sencilla y eficaz sin tanto adorno y compostura de razones ajustadas al

(1) 2.^a Part. números 1046 y 1047.

»oído enfermo de los que asisten á ella. No tengas en »poco este aviso (1).»

En cuales palabras parece que nos dice la Reina del cielo: cuando el Señor vá á hablarte, aunque sea por medio de sus ministros, imita á Samuel y dí: *Habla Señor porque tu siervo oye*: (2) ó como el Profeta rey: *Enséñame, Señor, á hacer tu voluntad porque esclavo tuyo soy*: (3) ó con San Pablo: *Señor ¿qué quereis que haga?* (4) Y cuando oigas la voz de Dios, que te reprende algun vicio ó amonesta á la práctica de alguna virtud, no cierras los oídos de tu corazon; ni pienses que no te toca á tí sino á otros aprovecharse de tal enseñanza; sino procura guardarla y conferirla en tu interior.

Así lo practicaba la Santísima Virgen; la cual, dice Sor Maria «guardaba tan adecuadamente los preceptos y »doctrina de la ley de gracia que fué una suma del Evangelio copiada de su mismo Hijo y Maestro (5).»

Portémonos nosotros del mismo modo, teniendo presente que no se salvará el que clamará Señor, Señor, sino el que oirá y cumplirá su palabra; y que al que la practicará, Jesucristo le amará como que fuese su hermano, su Madre y su Padre, segun el mismo dice (6).

CAPÍTULO III.

De los santos Sacramentos.

La Virgen Maria, dice Sor Maria, tuvo conocimiento circunstanciado de todos los Sacramentos de la ley de gracia, mucho tiempo ántes de que los instituyera su divino Hijo, como tambien de los admirables efectos que

(1) 2.^a par. núm. 1052.

(2) 1.^o Reg. III, 9.^o

(3) Psalm. 6 XLII, 10.

(4) Act. IX, 6.

(5) 2.^a par. núm. 738.

(6) Math. XII, 46.

producirian en los que los recibirian dignamente. Y los reverenció y agradeció con el más vivo reconocimiento. Y al conocer como el sacramento del Bautismo regeneraria y reengendraria el alma infundiendo en ella virtudes celestiales, é imprimiendo en ella como sello real el carácter sobrenatural, pidió Maria humildemente á su Hijo este sacramento; gracia que le otorgó desde luego; y se lo administró El mismo en los comienzos de su vida pública, dirigiéndole en tal acto palabras tiernísimas cada una de las Personas de la Trinidad Augusta en medio de innumerables coros angélicos que asistian en forma visible.

Maria por su preparacion y gratitud á tan inefable favor recibió (fuera de la remision del pecado que nunca tuvo) todas las gracias propias de ese sacramento, pero realizadas y aquilatadas en grados altísimos que no caben en humano discurso (1).

Pasando por alto, para mayor brevedad, los demás sacramentos, por medio de los cuales nos concede Dios todas las gracias individual y colectivamente; al tener conocimiento la Virgen Santísima del sacramento de la Eucaristia, estupenda obra del poder, de la sabiduria y sobre todo del amor de Dios para con nosotros, se encendió en vivísimos deseos de recibir otra vez á Dios humanado en su seno y lo pidió respetuosamente á su Hijo, quien le concedió esta gracia con las más dulces y cariñosas palabras (2).

Desde este momento dedicó la Virgen Santísima todas sus obras y todos sus deseos á la dignísima y divina Comunión, como ella misma dice (3): esto es, como preparacion; y tan dignamente la recibiria, que jamás dejó de tener á Jesus Sacramentado en su pecho, desde que comulgó por primera vez la noche de la Cena.

Es tan instructivo lo que vió y practicó Maria en estos momentos, y son tan elocuentes las lecciones que nos dá

(1) 2.^a par. núm. 830 y siguientes.

(2) Id. núm. 835 y siguientes.

(3) 2.^a part. núm. 1146.

en ellos, que no podemos prescindir de reproducir aquí siquiera lo más importante.

Estaba la Madre de Dios en la noche misteriosa de la *Cena* en la misma casa que se celebró; pero no estaba en el *Cenáculo*, sino separada con las mujeres en otro aposento, desde donde veía, con la misma claridad que si hubiera estado presente, todo cuanto hacia y pensaba Jesús. Vió como, hecha por Jesucristo la consagración de su cuerpo y sangre, se comulgó á sí mismo; «y reconociéndose, en cuanto hombre, inferior á la divinidad que recibía en su mismo cuerpo y sangre consagrados, se humilló, encogió y tuvo como un temblor en la parte sensitiva, manifestando dos cosas: la una la reverencia con que se debe recibir su sagrado cuerpo; y la otra, el dolor que sentía por la temeridad y audacia con que muchos de los hombres llegarían á recibir y tratar este altísimo y eminente Sacramento. Luego partió otra partícula del pan consagrado y la entregó al Arcángel san Gabriel para que la llevase y comulgase á Maria Santísima. Esperaba la gran Señora el favor de la Comunión con abundantes lágrimas y la recibió de mano del santo Príncipe la primera despues de su Hijo, imitándole en la humillación, reverencia y temor santo.»

La Sagrada Eucaristía quedó depositada en el pecho de Maria sin consumirse las sagradas especies hasta que, despues de la Pascua del Espíritu Santo, que consagró San Pedro por primera vez volvió á comulgar á la Virgen; y así sucesivamente; no se alteraban las sagradas especies en el pecho de Maria, hasta que entraban otras nuevas, quedando de este modo depositado el maná verdadero como en arca viva con toda la ley de gracia, como ántes las figuras en el arca de Moisés. (1) Pero recibiendo cada vez la Virgen santísima gracias más estupendas, inexplicables é incomprensibles.

(1) 2.^a par. núm. 1196 y siguientes. 3.^a Par. núm. 118, 124 y siguientes.

Veamos otro milagro muy secreto que sucedió en la Comunión de los Apóstoles. La Reina del cielo que por vision clarísima estaba tambien mirando todo lo que les pasaba interior y exteriormente, vió que el sacrilego Judas determinaba, al comulgar, *reservarse* el sagrado cuerpo para llevarle á los pontífices y fariseos, y si no pudiese conseguir esto, intentaba hacer algun otro vituperio del santísimo Sacramento; y encendida en celo de la gloria de su Señor y conociendo que era voluntad del Altísimo, usase de su poder, mandó á los Angeles que sacasen á Judas de la boca las especies consagradas y despues de purificarlas las redujeren á su primera disposición y lugar; lo que cumplieron sin que nadie lo observara (1).

Tales son las importantísimas lecciones prácticas que con su conducta nos dió Maria respecto de los santos Sacramentos: omitimos otras muchas que se dignó revelar á su confidente y constan en la obra que nos inspira. ¡Con qué palabras lamenta allí la ingratitud de los que no corresponden á las gracias que contienen tales fuentes de vida eterna! Seria preciso, para decir siquiera lo más interesante, copiar aquí largas páginas que puede leer allí la persona devota (2).

Para abreviar copiarémos únicamente las siguientes.

«Quiero que adviertas cuán aborrecible es el desprecio y olvido de los hombres en frecuentar la Comunión sagrada y el no llegar á ella con disposición y fervor de devoción. Yo me dispuse tantos años para el día que llegase á recibir á mi santísimo Hijo Sacramentado, y esto es enseñanza y confusión vuestra; porque si yo que estaba inocente y sin culpa alguna que me impidiese, y con tanto lleno de todas las gracias, procuré añadir nueva disposición de ferviente amor, humildad y agradecimiento ¿qué debes hacer tú y los demás hijos de la Iglesia que cada día y cada hora incurren en nuevas culpas y fealdades, para llegar á recibir la hermosura

(1) 2.^a Par. núm. 1199.

(2) 2.^a par. núm. 844 y siguientes. 3.^a par. núm. 132 y siguientes.

»de la misma divinidad y humanidad de mi Hijo santísimo
»y mi Señor? ¿Qué descargo darán los hombres en el
»juicio de haber tenido consigo al mismo Dios sacra-
»mentado en la Iglesia, esperando que vayan á recibirle
»para llenarlos de la plenitud de sus dones, y han despre-
»ciado este inefable amor y beneficio para emplearse y
»divertirse en deleites mundanos y servir á la vanidad
»aparente y engañosa? Admírate, (como lo hacen los
»Angeles y Santos) de tal insania y guárdate de incurrir
»en ella (1).»

No nos atrevemos á añadir ni una palabra á tan divi-
nas lecciones; pues tememos deslustrarlas con el tizne de
nuestra lengua. Meditémoslas y procuremos cumplirlas.

CAPÍTULO IV.

De la oracion.

Hablando sor Maria de Agreda de la virtud de la reli-
gion, con la cual damos culto y reverencia á Dios, pone en
primer término la oracion; y dice que la Madre de Dios
se dedicó á ella constantemente.

No podia ser de otro modo, porque la Virgen Santísi-
ma, como hemos dicho ya, habia recibido repetidas ve-
ces de su Hijo el encargo especial de que le imitase y se
le asemejase; y como Maria veia siempre claramente que
las operaciones constantes del alma de Jesucristo eran
una continua y férvida oracion, dedúcese con evidencia
que toda la vida de la Madre de Dios queda resumida en
esta palabra: *Oracion*.

Además, Jesucristo al trazar á su Madre Santísima y á
peticion de la misma el horario ó empleo y distribucion
del tiempo, le designó muchas horas exclusivamente para
la oracion, especialmente desde que quedó viuda, y por lo
mismo desobligada de las atenciones ineludibles que tenia

(1) 2.^a par. núm. 1155.

que cumplir y cumplia admirablemente con su esposo.
Son muy dignas de notarse las siguientes palabras con
que Jesucristo terminó dicho horario, á saber: *orad siem-
pre por los pecadores (1)*.

La Virgen Santísima segun reveló á su confidente,
oraba sin intermision, con gran fervor, con abundantes
lágrimas, y algunas veces hasta con efusion de sangre:
oraba para honrar y reverenciar á la divinidad: oraba para
dar gracias á Dios por los beneficios que dispensaba á ella
misma y á los demás: rogaba para conseguir la salvacion
del mundo y para obtener toda clase de beneficios para
los mortales.

Dice textualmente su *sierva*. «En todos los negocios
»acudia la Reina del cielo á la oracion para consultarlos
»con el Señor, como enseñada por la doctrina y ejemplo
»de su Hijo santísimo (2).»

«Oraba Maria sin que para esto le impidiesen las ocu-
»paciones activas de su estado; porque allí no se quere-
»llaba Marta de que Maria la dejaba sola en su ministe-
»rio (3).»

A fin de que nos movamos más y más á ejercitarnos
en la práctica de este medio de santificacion, veamos,
además de lo que la Madre de Dios nos enseña con su
ejemplo, veamos lo que dijo el Arcangel S. Gabriel á San-
ta Ana Madre de Maria Santísima, refiriéndose á las ora-
ciones que elevaron al cielo los padres de la misma, pi-
diendo fruto de bendicion, es como sigue, segun reveló
la Madre de Dios á su *sierva*. «Buena es la oracion ince-
»sante y la confianza humilde. El Señor ha oido tus pe-
»ticiones; porque está cerca de los que le llaman con viva
»fe y esperanza y aguardan con rendimiento. Y si se dila-
»ta el cumplimiento de los clamores, y si se detiene en co-
»nocer las peticiones de los justos es para mejor dispo-
»nerlos y más obligarse á darles mucho más de lo que

(1) 2.^a par. núm. 658.

(2) 3.^a par. núm. 309.

(3) 2.^a par. números 59 y 897.

Memoria

»piden y desean.... Tú y Joaquin habeis pedido fruto de
»bendicion, y el Altísimo ha determinado dárosle admi-
»rable y santo... Persevera en la oracion y pídele sin ce-
»sar el remedio del linaje humano para obligar al Altí-
»simo.» Y para alentarla más, prosiguió manifestándole
los portentos que mediante la oracion consiguieron Moi-
sés, Ester, Judit, David y Elias (1); y seguramente conse-
guirémos nosotros lo que pedimos si oramos con humil-
dad, confianza y perseverancia.

Entre las innumerables revelaciones que la Madre de
Dios hizo á su confidente relativas á la oracion consigna-
remos las siguientes: «El proemio de que se servian su
»Magestad y la beatísima Madre para orar era postrarse
»y pegarse á tierra con toda humildad (2).»

La Virgen Santísima empezaba y terminaba el dia con
la oracion (3). «Hacia cada dia trecientas genuflexio-
nes (4).»

«Cuando estaba en Egipto, dice para ganar para todo
»lo que era necesario de comer y vestir, alhajar la casa,
»aunque pobremente, y pagar los alquileres de ella, le
»pareció que era bien gastar todo el dia en el trabajo y
»velar toda la noche en sus ejercicios espirituales:» lo que
practicó despues de haberlo consultado con el Señor (5).

Y dijo á sor Maria: «Tu incesante oracion debe ser siem-
»pre: aquí estoy Señor: ¿qué quereis hacer de mi? Prepa-
»rado y aparejado está mi corazon? ¿qué quereis Señor
»que yo haga?

Y le dijo por fin: «quiero que tu oracion sea continua
»sin intermision y que dure tanto como tu vida (6).»

Excusado es manifestar, que la Madre de Dios quiere
que sea continua nuestra oracion, en cuanto lo permita
el cumplimiento del deber.

(1) 1.^a par. núm. 183.
(2) 2.^a par. núm. 987.
(3) Id. núm. 721.
(4) Id. núm. 180.
(5) 2.^a par. núm. 657
(6) Id. núm. 1222.

Siendo como somos pecadores, pobres y desvalidos,
¿qué otra cosa más plausible podemos hacer, que orar,
ya para pedir perdon de las faltas que á cada momento
cometemos, ya para solicitar y recabar las gracias que
continuamente necesitamos, ya para alabar y reverenciar
al Autor de todo bien?

CAPITULO V.

De las distracciones y tentaciones.

Seria ilusion temeraria creer nosotros que hemos de
estar libres de distracciones y tentaciones, puesto que la
Virgen Santísima las sufrió innumerables y horrendas.

En efecto: refiere difusamente Sor Maria, que Lucifer
despues de haber reconocido las condiciones naturales de
la Madre de Dios, se valió de todas las estratagemas para
retraerla de la oracion, ó distraerla en ella, y de todos los
medios para precipitarla al mal y perderla: ya intentaba in-
troducirla sugerencias y representaciones feas y mons-
truosidades: ya tomaba figuras corpóreas terribles y es-
pantosas, como de leon furiosísimo ó dragon formidable,
que ahullaba y bramaba ferozmente: ya la adulaba ó hala-
gaba con grandes alabanzas y promesas, valiéndose de to-
das las personas y utilizando todos los medios; en una pa-
labra; Lucifer para tentar á la Reina del cielo traia consigo
las siete legiones, simbolo de los siete pecados capitales,
y hasta á veces despoblaba contra Ella el infierno entero.
Y aunque para entrar en esas batallas dejaba el Señor á
su Madre en el estado comun de la fe y virtudes que Ella
tenia, y suspendia el influjo de otros favores que solia
concederle ordinariamente, con todo, la Madre de Dios
tranquila, pero esforzadamente repelia todos los ataques
diabólicos, continuando y aumentando más la oracion y
los ejercicios espirituales, cuanto más el demonio arre-

ciaba su persecucion (1). A fin de que conozcamos mejor el modo con que debemos conducirnos, al ser tentados, oigamos lo que la Madre de Dios se digna enseñarnos en la persona de su *discípula*, á quien dijo: «Para que tú
»temas y te guardes, advierte que el dragon infernal te
»reconoce y acecha desde la hora que fuiste criada y
»saliste al mundo, y noche y dia te rodea sin descansar
»para aguardar lance en que hacer presa de tí; y observa
»tus naturales inclinaciones y aun los beneficios del Señor
»para hacerte guerra con tus propias armas. Pesa tus
»acciones con gran desvelo y mide tus pasos y trabaja en
»arrojarte lazos y peligros para cada obra y accion que
»intentas (2).

»Por lo que quiero que de ningun modo apetezcas
»cosa alguna de la vida mortal; y de tal modo quiero que
»reprimas ó extingas en tí todas las pasiones é inclina-
»ciones de la flaca naturaleza, que ni los mismos espíri-
»tus malignos puedan rastrear en tí con todo su desvelo
»algún movimiento desordenado de soberbia, codicia,
»vanidad, ira ni otra pasion alguna. Esta es la ciencia de
»los santos, sin la cual nadie puede estar seguro en carne
»mortal (3).»

«Ya que suele el demonio prevenir ó comenzar la ten-
»tacion con tristeza ó decaimiento del corazon ó con
»algún movimiento de fuerza que divierta ó distraiga el
»alma de la atencion y afecto del Señor, al punto que re-
»conozcas en tí alguno de estos indicios, quiero que con
»alas de paloma levantes el vuelo y te alejes, hasta llegar
»al refugio del Altísimo, llamándole en tu favor y presen-
»tándole los méritos de mi Hijo santísimo y también
»debes recurrir á mi proteccion como á tu Madre y
»Maestra; y ocúpate más entonces en los ejercicios de los
»actos virtuosos contrarios á los vicios que te propone y
»en especial en la fe, esperanza y en el amor que echa

(1) 2.^a par. núm. 330 y siguientes.

(2) Id. núm. 334.

(3) 3.^a par. núm. 154.

»fuera la cobardia y temor con que se enfria la vo-
luntad (1)

»Y así como por las tentaciones no fui remisa en obrar,
»ni omití mis ejercicios, antes los acrecenté con más
»oraciones, peticiones y lágrimas, como así se debe hacer
»en el tiempo de las batallas contra estos enemigos, así
»te advierto que lo hagas tú con todo desvelo (2).»

Ya que el demonio tiene tanto empeño é interés en
perdernos, empenémonos nosotros decididamente en sal-
varnos, cumpliendo lo que nos prescribe nuestra buena
Madre.

CAPÍTULO VI.

De la presencia de Dios.

Despues de haber manifestado innumerables veces Sor
Maria que la Santísima Virgen gozaba, de diversos modos,
pero, continuamente, de la vista de Dios, dice textualmen-
te. «Por un medio ú otro jamás perdió de vista aquel
»objeto divino y sumo bien, ni apartó de él los ojos del
»alma por un solo instante (3).»

En otro lugar manifiesta como la Santísima Virgen,
mientras cuidaba con gran asiduidad á su digno Esposo y
le asistia con todo desvelo en todas sus necesidades, se
ejercitaba al mismo tiempo en la parte superior del alma
en el amor divino; «asimilándose, dice, pero con gran
»exceso, á los Angeles y espíritus bienaventurados, que
»nos asisten y guardan sin perder de vista al Altísimo (4).»

Y dirigiéndose á su sierva, le dijo las siguientes pa-
labras: «Debes advertir que ninguna ocupacion ó acto
»exterior en materia de virtud, por más humilde que sea,
»puede impedir, si se ordena bien, para dar culto, reve-

(1) 2.^a par. núm. 356.

(2) 3.^a par. núm. 501.

(3) 2.^a par. núm. 163.

(4) Id. núm. 869.

»rencia y alabanza al Criador de todas las cosas; porque
»estas virtudes no se excluyen unas á otras; antes son
»todas compatibles con la criatura, y más en mí que siem-
»pre tuve presente al sumo Bien, sin perderle de vista por
»un medio ó por otro. Y así le adoraba y respetaba en
»todas las acciones, refiriéndolas á su mayor gloria... Es
»necesario entender bien esta doctrina para gobernarse
»por ella; porque, si, acudiendo á estas acciones no se
»atiende al Criador se harían muchos y largos intervalos
»en las virtudes y méritos.

»Por esta doctrina debes regular tus acciones terrenas,
»cualesquiera que sean, para que no pierdas el tiempo
»que jamás se recompensa, y sea comiendo, trabajando,
»descansando, durmiendo y velando, en cualquier tiem-
»po, lugar y ocupacion, en todas adora, reverencia y mira
»á tu Señor grande y poderoso que todo lo llena y lo
»conserva (1).»

Cumplamos nosotros tan útiles y prácticas lecciones;
tengamos á Dios siempre presente en todos nuestros actos
y El ilustrará nuestro entendimiento, fortificará nuestro
corazon y moverá y dirigirá nuestros afectos para que ame-
mos, obremos y suframos cual corresponde en la tierra,
para despues gozarle cara á cara en la gloria.

CAPÍTULO VII.

Del Exámen de Conciencia.

Parece á primera vista, que ya que la Reina del cielo
tenia siempre conocimiento exacto y completo de todos
sus actos externos é internos, y tenia además memoria de
Angel, esto es, no olvidaba nunca lo que alguna vez habia
aprendido y conocido, segun reveló á su *Confidente*, pare-
ce, repetimos, que la Virgen santísima no habia de ser
tan explicito dechado nuestro en la práctica del exámen

(1) 2.^a par. números 251 y 252.

de conciencia, como lo es en los otros medios de santifica-
cion que vamos exponiendo: oigamos, sin embargo, las
siguientes palabras escritas por Sor Maria. «Cuando era
»ya tarde y tiempo de recojerse, tenia costumbre la celes-
»tial Madre de postrarse humildemente delante de su Hijo
»santísimo y le pedia cada noche la perdonase no haberse
»empleado en servirle aquel dia con más cuidado, ni ser
»tan agradecida á sus beneficios como debia: Dábale gra-
»cias de nuevo por todo y le confesaba con muchas lágri-
»mas por verdadero Dios y Redentor del mundo y no se
»levantaba del suelo hasta que su Hijo unigénito se lo
»mandaba y la bendecia (1).»

Con lo dicho podemos ver claramente que la Madre de
Dios cumplia casi al pié de la letra lo que se nos reco-
mienda practicar en este excelente medio de santificacion.

Más aún; para que nada se eche de ménos en este
sublime modelo, no sólo la Madre de Dios se examinaba,
digámoslo así, en general, sinó tambien particularmente;
pues á continuacion de lo que acabamos de transcribir,
se lee; que cuando el Señor purificaba á su Madre con
pruebas especiales, «examinaba la divina Señora su inte-
»rior, reconocia el origen de sus obras, las condiciones,
»las circunstancias de ellas y daba muchas vueltas con la
»atencion y memoria por aquella oficina celestial de su
»alma y potencias; y aunque no podia hallar en ella parte
»alguna de tinieblas porque todo era luz, santidad, pureza
»y gracia, con todo eso; como sabia que ante los ojos de
»Dios ni los cielos ni las estrellas son limpios, como dice
»Job, y halla que reprender en los más angélicos espiri-
»tus, temia la gran reina si acaso ignoraba algun defecto
»que fuera el Señor patente, y con este recelo padecia
»deliquios de amor (2).»

Y, como si todo lo dicho no fuera suficiente, tuvo á bien
la Madre de Dios adoctrinar más expresamente á su *sier-
va* diciéndole lo que sigue: «Examínate y remírate siem-

(1) 2.^a par. núm. 721.

(2) Id. núm. 722.

»pre con qué pensamientos, qué acciones, y en qué ocasiones puedes ofender ó agradar más á tu amado, para que conozcas aquello que debes en tí reformar ó codiciar. Y cualquier desórden por pequeño que sea, ó lo que fuere ménos puro y perfecto, cercénalo y apártalo luego; por que todo lo que no agrada más al Señor debes juzgar por malo: y ninguna imperfeccion te parezca pequeña: con este cuidado y temor santo caminarás segura (1).»

Terminaremos este punto con las siguientes palabras que le dijo en otra ocasion. «Quiero que tengas siempre cuidado de venir á mi cada noche y mañana inviolablemente (pues soy tu Maestra) y con humildad me digas tus culpas, reconociéndolas con dolor y contricion perfecta, para que yo sea intercesora con el Señor y como Madre alcance de él que te perdone. Luego que cometieres alguna culpa ó imperfeccion reconócela y llora sin dilacion y pide al Señor perdon con deseo de enmendarte. Y si fueres atenta y fiel en esto que te mando, serás discípula del Altísimo y mia como deseas (2).»

No permitamos, pues, que pase ningun dia, sin que practiquemos debidamente el exámen general y particular como aconsejan los maestros de espíritu.

CAPÍTULO VIII.

De la Humildad.

Si bien en todos los medios de santificacion que hemos expuesto resalta la sencillez de Maria, en el que ahora vamos á exponer, no sólo se descubre como puesta de relieve la encantadora virtud de la sencillez, sinó que se vé en la humildad de Maria realzada y divinamente esmaltada aquella candorosa virtud.

(1) 1.^a par. núm. 738.

(2) 2.^a par. núm. 725.

Todo lo practicó Maria tan llana y sencillamente, tan sin aparato y artificio, que quedaron innumerables veces maravillados y pasmados San José y los mismos espíritus Angélicos que la contemplaron.

La vida de la santísima Virgen fué siempre una expresion y manifestacion constante de su sencillez y humildad, y todas las virtudes quedaron esmaltadas y aquilatadas en ella, mediante esta virtud, fundamento de todas las virtudes.

«La Virgen Santísima, escribe sor Maria, fué la que sin ejemplo conoció el grado y punto de la humildad y la tuvo en su perfeccion; ella se humilló más que supieron humillarse todas las criaturas profundamente humilladas con sus mismas culpas (1).»

No perdió nunca de vista que habia sido hecha de barro y criada de la nada, y que todas las gracias y privilegios de que estaba adornada eran efectos de la bondad divina; se reputaba indigna del aire que respiraba, del alimento que tomaba y se tenia por un sér el más despreciable.

De tal modo era así que, refiriéndose al misterio de la Encarnacion del Hijo de Dios, dijo: «mi humildad me inclinaba á pensar si por vivir yo en el mundo retardaría Dios su venida (2).»

En la humildad triunfó siempre de todos sin que pudiera nadie vencerla ni igualarla en el menor acto «por que en su casa venció á su madre Santa Ana y sus domésticos para que la dejasen ser humilde, en el templo á todas las doncellas y compañeras; en el matrimonio á San José; en los ministerios humildes á los Angeles, y en las alabanzas á los Apóstoles y Evangelistas para que la ocultasen: al Padre y Espíritu Santo los venció con la humildad para que la ordenasen y á su Hijo Santísimo para que la tratase de suerte que no diese motivo á ser alabada de los hombres con sus milagros y doctrina (3).»

(1) 2.^a par. núm. 677.

(2) Id. núm. 122.

(3) Id. núm. 1053.

«En esta excelencia fué singular, y única; pues, siendo Madre del mismo Dios y Reina de todo lo criado, no ignorando esta verdad, ni los dones de gracia que para ser digna Madre habia recibido, ni las maravillas que por ellos obraba y que todos los tesoros del cielo depositaba el Señor en sus manos y á su disposicion, con todo eso, ni por Madre, ni por inocente, ni por poderosa y favorecida, ni por sus obras milagrosas ni por las de su Hijo santísimo se levantó jamás su corazon del lugar más infimo entre todas las criaturas (1).»

En esta actitud perseveró toda la vida; durante la cual, tan lejos estuvo de buscar las alabanzas, que siempre que conocia, ó traslucia que iba á ser objeto de alguna honra fuese cual fuese el motivo ú ocasion de ella, lo que acaecía con mucha frecuencia, suplicaba á Dios con gran afecto que declinase de ella todo el honor, que fuese Dios alabado y ella olvidada y despreciada, y este fué otro de los motivos por que los Evangelistas fueron tan parcios en escribir sobre la Virgen, segun ella misma lo reveló á su discípula (2).

Otro hecho queremos consignar, que si bien es sencillísimo, incluye gran leccion de humildad y una tácita reprension de la excesiva curiosidad de muchas personas, es el siguiente: Estando la Madre de Dios en Éfeso en compañía del Evangelista San Juan, un propio entregó una carta á la Reina del cielo, diciéndole que se la enviaba el Apóstol san Pedro: recibióla ella, pero no la abrió por que san Juan estaba ausente predicando en la ciudad. Luego que llegó el Evangelista á su presencia le entregó la carta, diciendo que era de San Pedro el Pontífice. Preguntóle San Juan lo que contenia y la Maestra de virtudes respondió: *Vos, Señor, la veréis primero y me diréis lo que contiene* (3). ¡Qué leccion tan elocuente é instructiva! Pero

(1) 2.^a par. núm. 1056.

(2) Id. 1058 y siguientes.

(3) 3.^a par. núm. 459.

oigamos á la misma Reina del cielo que dice: «Lo que á mi más me movia y excitaba para hacer todos los actos de humildad, era la consideracion de que mi Hijo santísimo venia humilde para enseñar con doctrina y con ejemplo esta virtud en el mundo y desterrar la vanidad y soberbia de los hombres y arrancar esta semilla que sembró Lucifer entre los mortales con el primer pecado, y dióme su Majestad tanto conocimiento de lo que se agrada de esta virtud, que por hacer sólo un acto de ella padeceria los mayores tormentos del mundo (1).»

Y adoctrinando á sor Maria le dijo:

«Hija, el que más recibe se debe reputar por más pobre porque su deuda es mayor; y si todos deben humillarse porque de si mismo nada son ni pueden, ni poseen, por esta misma razon se ha de pegar más con la tierra aquel que siendo polvo le ha levantado la mano poderosa del Altísimo; pues quedándose sin ser, ni valer nada, se halla más adeudado y obligado á lo que por sí no puede satisfacer. Conozca la criatura lo que de sí es; pues nadie podia decir, yo me hice á mi mismo, ni yo me sustento, ni yo puedo alargar mi vida, ni detener mi muerte. Todo el ser y conservacion depende de la mano del Señor: humíllese la criatura en su presencia y tú no olvides estos documentos (2).

«A tus hermanas y súbditas trátalas con llaneza y sinceridad columbina.»

Por fin: «Las obras comunes y obligatorias con que debes dar ejemplo no has de hacerlas ocultamente.» Pero respecto de las obras libres, especialmente si son extraordinarias y encumbradas le dice: «Advierte la cautela cuidadosa que debes tener en ocultarlas si pudieras y hacerlas en secreto á mi ejemplo; pues no se han de exponer al peligro de la publicidad y ostentacion (3).»

(1) 2.^a par. núm. 1053.

(2) 1.^a par. núm. 384.

(3) 2.^a par. núm. 907.

Después de ver y oír tan celestial doctrina, sólo nos ocurre repetir lo que dijo Dios á Moisés: á saber: *Mira y obra según el modelo que se te ha mostrado* (1).

CAPÍTULO IX.

De la Obediencia.

Esta es la hija predilecta y consecuencia natural de la humildad; por lo que, siendo, como hemos visto, la humildad la virtud en que más se distinguió la que las practicó todas del modo más heróico, forzosamente debia resplandecer en Maria la Obediencia.

Y realmente así fué, no obstante de ser Madre de Dios, reina y señora del universo y superior á toda la naturaleza criada obedeció siempre pronta alegre y sencillamente, no sólo á sus padres, los tres años que vivió en su compañía y á los sacerdotes mientras estuvo en el templo, no sólo á San José, al Evangelista San Juan y á San Pedro Cabeza de la Iglesia, sinó que obedeció á las compañeras que tuvo en el templo y á todas las personas por inferiores que fuesen, valiéndose para esto de arte, de trazas y medios para que su obediencia fuese fiel, atractiva y edificante. No nos detendremos en acotar citas en confirmacion de esta verdad; porque toda la vida de la Madre de Dios, según se lee en la *Mística Ciudad*, fué una profundísima y nunca interrumpida obediencia, á imitacion de su divino Hijo, que fué obediente hasta la muerte y muerte de cruz.

Oigamos las siguientes palabras que sobre este punto dijo textualmente á sor Maria: «Quiero que estudies y escribas en tu pecho y que aprendas de mis obras la pronta obediencia y rendimiento á todos, anteponiendo siempre el parecer ajeno al dictámen propio. Pero esto ha de ser de manera que para obedecer á tus superiores

(1) Exod. XXV. 40.

»has de cerrar los ojos aunque conozcas que en alguna cosa que te mandan ha de suceder lo contrario.... Y si esto te mandase otro inferior ó igual, calla y disimula y ejecuta todo lo que no fuere culpa ó imperfeccion (1).»

Y le añadió: «Tan excelente es la obediencia que en su ejercicio ha de anteponerse á la humildad; de modo que, no debe regularse la humildad por el propio dictámen, sinó por el superior; porque si antepones tu propio juicio al de que te gobierna aunque lo hagas con color de humillarte, vendrá á ser soberbia pues no sólo no te pones en el último lugar, sinó que te levantas sobre el juicio de quien es tu superior (2)»

Más aún: «Por medio de la obediencia gobernarás tus acciones con toda seguridad. Porque están vinculadas grandes victorias y progresos de merecimientos al verdadero sentimiento y sujecion del dictámen propio al ajeno. No has de tener jamás querer ó no querer, y con esto cantarás victoria y vencerás los enemigos (3).»

Practiquemos nosotros tan útiles instrucciones, aunque algunas veces nos sea molesto: y el Señor nos premiará no sólo con la gloria eterna, sinó ahora mismo con gran tranquilidad y satisfaccion, como lo tiene prometido.

CAPÍTULO X.

De la mortificacion.

No hablemos nosotros una palabra sobre este punto: hable sor Maria; la que tratando de la mortificacion de la Reina del cielo se expresa en los siguientes términos: «No tuvo nuestra Reina pasiones, ni movimientos desordenados que ceñir en su inocentísima persona; más no por eso dejó de ser más fuerte en ceñirse que todos los hi-

(1) 2.^a par. núm. 455.

(2) Id. núm. 1179.

(3) Id. núm. 69.

»jos de Adan á quien desconcertó el fomes del pecado.
»Mayor virtud fué y más fuerte el amor, que hizo obras
»de mortificacion y penalidad cuando y donde no era me-
»nester que si por necesidad se hicieran. Ninguno de los
»enfermos de la culpa y obligados á su satisfaccion puso
»tanta fuerza en mortificar sus desordenadas pasiones
»como nuestra Princesa Maria en gobernar y santificar
»más todas sus potencias y sentidos. Castigaba su casti-
»simo y virgíneo cuerpo con penitencias incesantes, vigi-
»lias, ayunos, postraciones en cruz, y siempre negaba á
»sus sentidos el descanso y lo deleitable, no porque se
»desconcertaran, sino por obrar lo más santo y acepto
»al Señor sin tibieza, remision ó negligencia (1).»

Esos y semejantes conceptos repite la *Venerable* en muchos lugares de su *Mistica Ciudad*, los que omitimos en obsequio á la brevedad (2). Pero oigamos lo que acerca de este punto enseña la *Madre de Dios á su Sierva* y por medio de ella á nosotros; pues es sobremanera interesante.

«Hija mia, le dice; las obras penales del cuerpo son
»tan propias y legítimas á la criatura mortal, que la ig-
»norancia de esta verdad y deuda y el olvido y desprecio
»de la obligacion de abrazar la cruz tiene á muchas almas
»perdidas y á otras en el mismo peligro. El primer título
»porque los hombres deben afligir y mortificar su carne
»es por haber sido concebidos en pecado, y por el cual
»quedó toda la naturaleza humana depravada, sus pasio-
»nes rebeldes á la razon inclinada al mal y repugnando
»al espíritu, y dejándolas seguir su propension llevan al
»alma precipitándola de un vicio en otros muchos. Pero
»si esta fiera se sujeta y refrena con el freno de la morti-
»ficacion y penalidades pierde sus brios y tiene superio-
»ridad, la razon y la luz de la verdad. El segundo título
»es, porque ninguno de los mortales ha dejado de pecar
»contra Dios eterno; y á la culpa indispensablemente ha

(1) 1.^a par. núm. 784.

(2) 2.^a par. núm. 1282.

»de corresponder la pena y el castigo en esta vida ó en la
»otra; y pecando juntos alma y cuerpo en toda rectitud
»de justicia han de ser castigados entrambos; y no basta
»el dolor interior, si por no padecer se excusa la carne
»de la pena que le corresponde; y como la deuda es tan
»grande, y la satisfaccion del reo tan limitada y escasa, y
»no sabe cuánto tendrá satisfecho al Juez, aunque trabaje
»toda la vida, por eso no debe descansar hasta el fin de
»ella (1).»

«Ya que el cuerpo impide y hace perder al alma con
»sus defectos y pasiones terrenas, procura tener siempre
»muy sugetos sus antojos y apetitos: mortifícale y que-
»brántale muriendo á todo lo que es deleitable al senti-
»do (2).»

«Teme hija mia el peligro de que te cieguen las pa-
»siones. Advierte mucho en no aficionarte á cosa alguna
»por pequeña que te parezca; porque para encender un
»gran fuego basta comenzar, por una pequeñísima cente-
»lla (3).»

«No desmayes en la batalla de tus pasiones hasta ven-
»cerlas con la divina gracia; y para que no impidas ésta,
»trabaja en mortificar la parte inferior donde viven las
»pasiones y las inclinaciones siniestras. Muere á todo lo
»terreno, sacrifica en presencia del Altísimo todos tus
»apetitos sensitivos y ninguno cumplas, ni hagas tu vo-
»luntad sin obediencia ni salgas del secreto de tu inte-
»rior (4).»

Es tan oportuna, é interesante esta doctrina que por más que nos repugne, forzosamente nos hemos de empeñar en practicarla, si no queremos perdernos eternamente.

(1) 2.^a par. núm. 992.

(2) Id. núm. 908.

(3) Id. núm. 680.

(4) 1.^a par. núm. 309.

CAPITULO XI.

De la mansedumbre y buen trato con el prójimo.

Predicó Jesucristo en el monte su primer sermón, ó las *bienaventuranzas*, que son la suma de la perfección cristiana; y al manifestar sor Maria de Agreda el modo admirable con que la Madre de Dios las cumplió, al tratar de la segunda *bienaventuranza*, esto es: *Bienaventurados los mansos porque ellos poseerán la tierra*, dice textualmente lo que sigue: «En esta doctrina y en su ejecución excedió Maria Santísima con su mansedumbre »dulcísima, no sólo á todos los mortales, como Moises en »su tiempo á todos los que entonces eran, sinó á los mismos Angeles y Serafines; porque esta candidísima paloma en carne mortal, estuvo más libre en su interior y »potencias de turbarse y airarse en ellas, que los espíritus »que no tienen sensualidad, como nosotros: y en este »grado inexplicable fué Señora de sus potencias y operaciones del cuerpo terreno, y también de los corazones »de todos los que trabajan (1).»

Esto dice Sor Maria; pero veamos además, siquiera á grandes rasgos, como la Reina del cielo practicó la mansedumbre.

Estando en el templo con las demás doncellas, el demonio trató de desconcertar á la mansísima Princesa del cielo; y para esto movió el corazón de sus compañeras á tan grande envidia é indignación contra ella que la injuriaron atrozmente: la trataron de hipócrita y chismosa; llegaron hasta á darle empellones, y acusarla delante los superiores de que con su mala condición las provocaba de tal suerte, que ninguna de ellas podía vivir en paz en el templo, si Maria no salía de él; á todo lo que contestaba la Reina del cielo con heróicos actos de caridad y manse-

(1) 2.^a par. núm. 801.

dumbre, dando bien por mal, bendiciones por maldiciones, obsecraciones por blasfemias, cumpliendo con lo perfecto y más alto de la divina ley (1).

De otros medios se valió el demonio para descomponerla é irritarla; ya le rompía y destrozaba por sí mismo todo cuanto tenía la Virgen en casa; ya tomaba figuras de mujeres conocidas, que con gran furor le dirigian exorbitantes contumelias, atreviéndose á amenazarla y quitarle de su casa alguna cosa de las más necesarias; ya por fin se servía el mismo demonio, como de instrumento suyo, de algunas mujeres verdaderas, y las movía á ira contra la Virgen, valiéndose de los medios más viles é infernales para promover odios é injurias atroces contra la cordera mansísima, la cual sufría y disimulaba y, después de dejarlas desahogar, las trocaba y ablandaba el corazón con dulces y humildes palabras; y dándoles alguna limosna, si eran pobres, las despedía en paz (2).

Además el infame Judas trató varias veces á la Madre de Dios con formas poco correctas é indignas; y no obstante esto, y conocer ella por ciencia infusa la horrenda traición que cometería contra su Divino Hijo, no cesó de amonestarle tiernamente; y siempre, á ejemplo de Jesucristo, le trató con admirable suavidad, mansedumbre y disimulo (3).

Refiriéndose la misma *Venerable* al tiempo de la predicación y vida pública de Jesucristo, escribe estas palabras: «Procedía la divina Señora con rara mansedumbre, »como una paloma sencillísima y con extremada paciencia y sufrimiento sobrellevaba las imperfecciones y rudeza de los nuevos fieles, alumbrando sus ignorancias; »porque era grande la multitud de los que acudían á ella »en determinándose á la fe del Redentor. Siempre guardaba la serenidad de gran Reina, pero junto con ella era »tan suave y humilde que solo su alteza pudo juntar estas

(1) 1.^a par. núm. 697.

(2) 2.^a par. núm. 347.

(3) Id. núm. 189.

»perfecciones en sumo grado, á imitacion del mismo Señor. Entrambos trataban á todos con tanta humildad y llaneza de perfectísima caridad, que á nadie se le pudo admitir excusa de no ser enseñado de tales maestros. »Hablaban, conversaban, y comian con los discípulos y mujeres que les seguian con la medida y peso que convenia, para que nadie se extrañara, ni pensara que el Salvador no era hombre verdadero (1).» Y aunque con la misma ciencia infusa que hemos dicho antes, conoció y vió la Madre de Dios, como si hubiese estado presente, todas las crueldades y sacrilegios que los verdugos cometieron contra su Hijo santísimo: y aunque los sintió con más viveza y dolor que si se hubieran dirigido contra ella misma, jamás tuvo ni ira, ni indignacion, ni enojo, ni despecho, ni señal de él: así lo dice textualmente Sor Maria, al relatar la pasion y muerte de Jesucristo.

No es de admirar que practicara del modo dicho la mansedumbre, la que al dar instrucciones á su prima Santa Isabel, le dijo entre otras cosas todas muy importantes lo que sigue «con los pobres seréis benigna, »mansa, humilde, apacible y muy paciente, aunque algunos sean instrumento de vuestro ejercicio y corona (2).»

Y á su *discípula* le dijo: «Te quiero manifestar una »queja y grave indignacion del Altísimo con los mortales »por la inhumana perversidad que tienen, en tratarse unos »á otros sin caridad y humildad; y que, siendo, como son, »todos hijos de un Padre, como hombres sin razon se »turban, se indignan y llenan de discordias, de rencillas, »de traiciones y murmuraciones, y tal vez de injurias é »inhumanas venganzas y odios mortales de unos contra »otros.» Que el que se juzga ofendido, no admite y perdona al hermano que quiere reconciliarse; siendo así que todos quieren que contritos y reconciliados los admita y perdone el mismo Dios, que fué el más ofendido; y exclama: «¡Qué cosa más fea y monstruosa que ver á un

(1) Id. núm. 1050.

(2) 2.^a par. núm. 287.

»hombre de tierra que sólo tiene corrupcion y gusanos, »levantarse contra otro como él con tanta soberbia y »arrogancia (1)!»

«Entre el que perdona y sufre las injurias y el vengativo, prosigue, hay la misma diferencia que entre el hijo único y verdadero y el enemigo mortal: éste provoca toda la indignacion de Dios; y el otro merece y adquiere todos los bienes. Quiero entiendas que padecer las injurias con igualdad de corazon y perdonarlas enteramente por el Señor, será más grato á sus ojos que, si por tu voluntad, hicieras rígidas penitencias, y derramaras tu propia sangre. Ama á los que te persiguen; ruega por ellos con verdadero corazon, y con esto rendirás el corazon de Dios; subirás á lo perfecto de la caridad y vencerás á todo el infierno. Yo con la mansedumbre confundí al demonio que, más veloz que un rayo, huia de mi presencia porque su furor no podia tolerar estas virtudes (2).»

No olvidemos nunca tan celestial doctrina y procuremos ajustar siempre á ella nuestra conducta.

CAPITULO XII.

De la modestia y silencio.

«El supérfluo fausto y ostentacion en el vestido y aparato exterior y las desordenadas acciones y gestos ó movimientos corporales que sirven á la vanidad y sensualidad, dice Sor Maria de Jesus, testifican la liviandad del corazon, segun lo que dijo el Eclesiástico: *El vestido del cuerpo ó la risa de la boca y los movimientos del hombre nos manifiestan lo que es* (3).

»Todas las virtudes contrarias á esos vicios testificaban en Maria Santísima ciertos asomos más de divina que de criatura humana (4).»

(1) 2.^a par. números 415 y 417.

(2) Id. núm. 708.

(3) Eccli. XIX, 27.

(4) 1.^a par. núm. 592.

Dice además: «Era de incomparable modestia y gravedad (1).»

«Jamás miró al rostro de hombre, ni mujer, ni niño (2).»

«Su vestidura era humilde, pobre, limpia de color plateado oscuro, ó pardo que tiraba á color de ceniza, compuesto y aliñado, pero con suma modestia y honestidad (3).»

«Usaba nuestra Reina por honestidad de un calzado que le cubria los piés y le servia casi de medias. Era de una yerba de que usaban los pobres, como cáñamo ó malvas cruzado y tejido grosero y fuertemente, y aunque pobre, limpio y con decente aliño (4).»

Fué tan modesta durante su vida que movia á los demás á que lo fueran, pues, segun escribe Sor Maria: *Todos se componian á su vista* (5).

Hasta despues de su muerte manifestó claramente Maria el aprecio que le merecia esta virtud.

En efecto: leemos en la *Mística Ciudad* que, al fallecer la Virgen Santísima, quedóle la túnica como unida al sagrado cuerpo; y como á los Apóstoles les pareciese bien ántes de dar sepultura á su cádaver, que fuese ungido segun el ritu de los Judios, conforme se habia ungido el cuerpo deífico del Salvador; llamaron para que lo ejecutaran con suma reverencia y recato á las dos doncellas que habian asistido á la Reina en su vida; pero, al entrar éstas en el aposento, el resplandor que rodeaba el virgíneo cuerpo de Maria las detuvo y deslumbró de tal suerte, que ni pudieron tocarle, ni verle, ni saber en qué lugar determinado estaba. En vista de esto, se postraron en humilde oracion San Pedro y San Juan, pidiendo al Señor les manifestase su voluntad; y oyeron una voz que les dijo: *Ni se descubra ni se toque el sagrado cuerpo*. Con esta voz y

(1) 1.^a par. núm. 752.

(2) 2.^a par. números 276 y 668.

(3) Id. núm. 116.

(4) Id. núm. 587.

(5) Id. núm. 2.

la inteligencia que tuvieron de la voluntad divina, los dos Apóstoles se llegaron á la tarima en que estaba el sagrado cuerpo, y con suma reverencia trabaron de la túnica por los lados y sin descomponerla en nada y sin sentir peso ni percibir otro tacto sino que llegaban á la túnica casi imperceptible, le colocaron en un féretro con la misma postura que tenia en la tarima (1). Habla muy alto en recomendacion de la modestia la conducta que observó la Madre de Dios en toda su vida y hasta despues de su muerte.

Sobre el silencio, diremos con la misma *Sierva de Dios*, que aunque la Reina del cielo estuvo desde su nacimiento robusta y dotada de claridad de potencias, y por lo mismo podia muy bien hacer uso de la palabra, no habló ni una sola, hasta despues de transcurrido año y medio (2); y continuó despues observando prudente silencio y huyendo de vanas conversaciones.

Oigamos la siguiente importantísima leccion que nos dá Sor Maria enseñada por las revelaciones de la Madre de Dios. Refiriéndose á la boda que se celebró en Caná, á la cual por voluntad divina asistió la beatísima Virgen, dice: «La prudentísima Señora hablaba muy pocas palabras y sólo cuando era preguntada y muy forzoso hablar, porque siempre oia y atendia al Señor y á sus obras, para guardarlas y conferir las en su castísimo corazon. Raro ejemplo de prudencia, de recelo y modestia, prosigue la misma, fueron las obras, palabras y todo el proceder de esta gran Reina en el discurso de su vida y en esta ocasion, no sólo para las religiosas pero en especial para las mujeres del siglo, si pudieran tenerle presente en tales actos como el de las bodas, para que en él aprendieran á callar, á moderarse, y componer el interior y medir las acciones exteriores sin liviandad y soltura; pues nunca es tan necesaria la templanza, como cuando es mayor el peligro; y siempre en las mujeres es mayor gala, her-

(1) 3.^a par. números 741 y 750.

(2) 2.^a par. núm. 377.

»mosura y bizzarria el silencio, el detenimiento y encogimiento con que se cierra la entrada á muchos vicios y se coronan las virtudes de la mujer casta y honesta (1).»

Y directamente á su *discípula* le dijo estas palabras: «Oye á todos con silencio y advertencia, para que aprendas. En hablar seas muy tarda y detenida, que esto es ser prudente y advertida (2).»

Y finalmente «huye, le dijo, de la conversacion humana; teme sus peligros; y si en alguno te pusiere Dios por medio de la obediencia para gloria suya, aunque debes fiar de su proteccion, pero no debes ser remisa, ni descuidada en guardarte. No fies tu natural á la amistad ni trato de criatura, en que está tu mayor peligro (3).»

Nada más añadirémos á tan sencillas, atinadas é importantes lecciones, sino que debemos procurar practicarlas.

CAPÍTULO XIII.

De la paciencia y conformidad con la voluntad de Dios.

«Toda la vida de la soberana Reina, dice sor Maria, fué una continuada tolerancia de trabajos, y sólo el mismo Señor que le dió la paciencia puede dignamente darla á conocer. Jamás se indignó con impaciencia con criatura alguna, ni le pareció grande algun trabajo y molestia de las inmensas que padeció, ni se contristó por él, ni dejó de recibirlo con alegría y hacimiento de gracias (4).»

¿Qué mucho que se condujera de este modo la que ya de antemano se habia ofrecido voluntariamente á padecer toda clase de penalidades? En efecto; le habia manifestado el Señor que, para que nada le faltase á ella de la

(1) 2.^a par. núm. 1037.

(2) Id. núm. 455.

(3) Id. núm. 774.

(4) Par. núm. 571.

herencia de los escogidos, se dispusiera á sufrir tribulaciones y dolores por su amor, á lo que contestó la soberana Reina: «Si me dais licencia para que yo haga eleccion de alguna cosa, sólo quiero hacerla de pádecir por amor vuestro hasta la muerte; y suplicoos, bien mio, que hagais de esta esclava vuestra un sacrificio y holocausto de paciencia aceptable á vuestros ojos.... Vengan sobre mi todas las tribulaciones y dolores de la muerte; sólo pido vuestra proteccion; y postrada ante el trono real de vuestra majestad infinita os suplico no me desampareis (1).» Y, fiel la Santísima Virgen á su ofrecimiento, mandó á todas las criaturas y á todos los elementos de todo el universo del cual era la Reina que, lejos de serle de algun alivio, ejercitaran con ella las operaciones que pudieran serle penosas y molestas, porque en esto habia de ser semejante á su Hijo santísimo y padecer con él (2).

Sufrió sin alterarse nunca todas las penalidades; hambre, sed, frio calor, cansancio, vituperios, desprecios y humillaciones.

Además de lo que hemos dicho en los otros capitulos, especialmente al tratar de la mansedumbre, refiere Sor Maria que, al ir la Santísima Virgen á Belen con su santo Esposo, con motivo del edicto del Emperador, «porque eran pobres y encogidos, eran ménos admitidos que otros en las posadas, y les alcanzaba más descomodidad que á los muy ricos: llegaban á ellas fatigados y oian como les dirigian repetidas palabras ásperas, y en algunas los despedian como á gente inútil y despreciable; y muchas veces admitian á la Señora del cielo y tierra en un rincon de un portal, y otras aun no le alcanzaba, y se retiraban ella y su Esposo á otros lugares más humildes y menos decentes en la estimacion del mundo:» esto es, á establos y sitios destinados á inmundos animales, como refiere la misma. «Al llegar á Belen, con-

(1) 1.^a par. núm. 663.

(2) 2.^a par. núm. 20.

»tinua, entraron en la ciudad buscando alguna casa de
»posada y discurriendo muchas calles; no sólo por posadas y mesones, pero por las casas de conocidos y de su familia más cercanos, de ningún modo fueron admitidos, y de muchos despedidos con desgracia y con desprecios. Seguía la honestísima Reina á su Esposo (llamando él de casa en casa, y de puerta en puerta) entre el tumulto de la mucha gente; y habiendo buscado posada en más de cincuenta casas, de todas fueron arrojados y despedidos; admirándose los espíritus soberanos de la paciencia y mansedumbre de la Virgen.»

«Y acordándose San José que fuera de los muros de la ciudad había una cueva que solía servir de albergue á los pastores y á su ganado, se encaminaron allá los divinos Esposos; y hallándola desocupada y sola, llenos de celestial consuelo por este beneficio alabaron al Señor (1).»

Hablando la misma del viaje de los santos Esposos á Egipto, dice: «Era forzoso en aquel desierto pasar las noches al sereno y sin abrigo en todas las sesenta leguas de despoblado; y esto en tiempo de invierno, porque la jornada sucedió en el mes de Febrero. Les faltó en el viaje la prevención de pan y algunas frutas que llevaban; con que la Señora del cielo y tierra y su santo Esposo llegaron á padecer grande y extrema necesidad, y á sentir hambre. Un día sucedió que pasaron hasta las nueve de la noche sin haber tomado cosa alguna de sustento, aun de aquel pobre y grosero mantenimiento que comían despues del trabajo y molestia del camino, cuando necesitaba más la naturaleza de ser refrigerada; y como no se podía sufrir esta necesidad con alguna diligencia humana, la divina Señora clamó al Altísimo que le concediese con que poder alimentar la vida natural de su divino Hijo y Esposo.»

«Y para que estos clamores de la dulcísima Madre

(1) 2.^a Par. números 45 y 463.

»nacieran de mayor tribulación, dió lugar el Altísimo á los elementos, para que con sus inclemencias los afligieran sobre la hambre, cansancio y desamparo; porque se levantó un temporal de agua y vientos muy destemplados que los cegaba y fatigaba mucho.

«Alègrese con este ejemplo, prosigue, y no desmayen los hambrientos, esperen los desamparados, y nadie se querelle de la divina Providencia, por afligido y menesteroso que se halle. ¿Cuándo faltó el Señor á quien espera en él? ¿cuándo volvió su paternal rostro á los hijos contritos y pobres (1)?»

Y dejando á parte que al regresar de Egipto y en muchas otras ocasiones padeció la Santísima Virgen trabajos semejantes á los que acabamos de referir, permítansenos, aunque sea algo ajeno á nuestro propósito, referir algunas de las penas que padeció durante la vida, pasión y muerte de su divino Hijo, de cuyos dolores y paciencia en sufrirlos fué una exacta copia.

Cuando Jesucristo se fué al desierto, «recogióse Maria en su oratorio, y en él estuvo cuarenta días y cuarenta noches sin salir de allí y sin comer cosa alguna, como sabía lo hacia su santísimo Hijo, guardando entrambos la misma forma y rigor del ayuno y demás operaciones (2).»

Al irse Jesús al huerto de las olivas en la noche de la Cena, la Madre de Dios se retiró en un aposento y «suplicó al Eterno Padre que suspendiese en ella todo alivio y consuelo y que en su virginal cuerpo participase y sintiese los dolores de las llagas y tormentos que el mismo Jesús había de padecer. La beatísima Trinidad aprobó esta petición y la Madre sintió los dolores de su Hijo santísimo (3).»

Realmente; sufrió tristezas mortales, agonía y sudor de sangre al mismo tiempo que Jesús lo sufría (4).

(1) 2.^a par. núm. 631 y siguientes.

(2) Id. núm. 990.

(3) Id. núm. 1219.

(4) Id. núm. 1220.

«Y cuando su Magestad fué atado con las sogas y »cadenas, sintió ella en las muñecas tantos dolores que »saltó la sangre por las uñas en sus virginales manos, »como si fueran atadas y aprendidas; y lo mismo sucedió »en las demás heridas. Y como en esta pena se juntaba »la del corazon de ver padecer á Cristo, vino la amantí- »sima Madre á llorar sangre viva.»

«Sintió el golpe de la bofetada dada á su santísimo »Hijo, como si á un mismo tiempo aquella mano sacrilega »hubiera herido á Hijo y á Madre juntos (1).»

Durante aquella noche en que Jesus sufrió tan inespli- cables tormentos, pues además de otras afrentas, unos le dieron de bofetadas, otros le herian con puntilleros, otros le mesaban los cabellos, otros le escupian en la cara...: «todas esas afrentas, baldones y abominables opro- »bios los sentia la soberana Reina al mismo tiempo y en »las mismas partes que los recibia nuestro Redentor (2).»

Sintió el mismo dolor que sufrió Jesus cuando en un profundo calabozo de la casa de Caifás fué atado y ama- rrado á una peña y colocado en posicion penosísima (3).

Lo mismo podemos decir respecto del dolor ocasiona- do por los azotes que recibió Jesús en todas las partes de su virginal cuerpo. «Y aunque no derramó sangre más de »la que vertia con las lágrimas, ni se trasladaron las lla- »gas á la benditísima paloma, pero el dolor la transformó »y desfiguró de manera que San Juan y las Marias la lle- »garon á desconocer por el semblante (4).»

En esta ocasion y cuando sacaron á Jesus al balcon, en cuyo momento San Juan perdió los pulsos y quedó en mortal semblante y las tres Marias quedaron desfalleci- das con desmayo muy helado, la Reina de las virtudes es- tuvo con lo sumo del dolor, pero no desfalleció ni des- mayó; les confortó á ellos y en tanta confusion y amar-

(1) 2.^a par. núm. 1264.

(2) Id. núm. 1274.

(3) Id. núm. 1285.

(4) Id. núm. 1341.

gura no hizo obra, ni tuvo movimiento desigual, sino con serenidad de Reina derramaba incesantes lágrimas y ro- gaba fervorosamente por todos, amigos y enemigos (1).

«Fué tan admirable, dice, la Madre de Dios en la fide- »lidad de padecer, y en imitar á su dechado Cristo nuestro »bien, que jamás la amantísima Madre admitió natural »alivio en las pasiones, no sólo del cuerpo, porque ni des- »cansó, ni comió, ni durmió; pero ni del espíritu, con »alguna consideracion que la diese refrigerio, salvo cuan- »do se lo comunicaba el Altísimo con algun divino in- »flujo, y entónces lo admitia con humildad y agradeci- »cimiento, para recobrar nuevo esfuerzo con que detener »más ferviente al objeto doloroso y á la causa de sus tor- »mentos (2).»

«Y para que en todo participase; así como habia sen- »tido los dolores correspondientes á los tormentos de su »Hijo santísimo, padeció y sintió, quedando viva los do- »lores y tormentos que tuvo el Señor en el instante de la »muerte. Y aunque ella no murió realmente pero fué »porque, cuando se habia de seguir la muerte, Dios le »conservó milagrosamente la vida, siendo este milagro »mayor que los demás con que fué confortada en todo el »discurso de la pasion. Porque este último dolor fué más »intenso y vivo; y todos cuantos han padecido los már- »tires y los hombres justiciados desde el principio del »mundo, no llegan á los que Maria Santísima padeció y »sufrió en la pasion (3).»

Por fin; como corona de todo lo dicho, consignarémos lo que, segun escribe Sor Maria, sucedió á la Madre de Dios al subir al cielo su benditísimo Hijo; es como sigue: «El nuevo y oculto sacramento que la diestra del Altí- »simo obró en esta ocasion, fué llevar consigo á su Madre »santísima para darle en el cielo la posesion de la gloria, »que como Madre verdadera le tenia señalada, y ella con

(1) 2.^a par. núm. 1356.

(2) Id. núm. 1363.

(3) Id. núm. 1398.

»sus méritos adquirido; pero obró el poder divino por
»milagroso modo, que Maria Santísima estuviese en dos
»partes; en el cielo y en la tierra (1).» y despues de haber
recibido en el empleo los obsequios más honoríficos de
parte de la Trinidad augusta y haber conocido que ésta
dejaba en la eleccion de su voluntad permanecer en el
cielo ó volver al mundo, la Reina Divina contestó: «El ad-
»mitir este premio, ha de ser para descanso mio. El vol-
»ver al mundo y trabajar más en la vida mortal ha de ser
»gloria de vuestra Magestad y beneficio de mis hijos los
»desterrados. Admito el trabajo y renuncio por ahora este
»descanso, y lo sacrifico al amor que teneis á los hom-
»bres (2)» y realmente permaneció sufriendo en la tierra,
veintidos años más; pues tenia cuarentiocho al subir su
Hijo al cielo, y vivió hasta setenta; en cuya edad, habién-
dole dejado Dios á su eleccion el morir ó pasar á la gloria
sin este trabajo, prefirió la muerte (3). ¿Quién en vista de
lo dicho y de otros innumerables sacrificios que hizo la
Madre de Dios con paciencia y resignacion admirables,
quién, repetimos, no se decide á llevar con entera confor-
midad todos los trabajos y sufrimientos, todas las pena-
lidades y privaciones que se le ofrezcan? Omitimos en ob-
sequio á la brevedad lecciones prácticas utilísimas que dá
la Reina del cielo sobre este punto. El que desee cono-
cerlas las hallará copiosamente en la obra tantas veces ci-
tada (4).

CAPÍTULO XIV.

De la devocion.

Hablando Sor Maria de Jesus del estado del alma purí-
sima de la Madre de Dios, dice estas palabras: «No habia
»en ella impedimento de tibieza, ni óbice de culpa, ni des-

(1) 2.^a par. núm. 1512.

(2) 1.^a par. números 356 y 357.

(3) 2.^a par. números 710, 711 y 1238.

(4) 3.^a par. números 390 y 391.

»cuido, ni olvido, ni negligencia, ni ignorancia, ni una
»mínima inadvertencia; antes estaba llena de gracia,
»ardiente en el amor, diligente en el obrar, perpétua é
»inocente en alabar al Criador, solícita y oficiosa en darle
»gloria y dispuesta para que su brazo poderoso obrase en
»ella sin contradiccion, ni dificultad alguna (1).»

Pero para que aprendamos el medio de ser nosotros
verdaderamente devotos, oigamos las siguientes palabras
que dijo á su *Sierva*. «El primer paso de tu peregrinacion
»y lo que repetidas veces te encargo, como principio y
»fundamento de toda perfeccion, es que cumplas los
»mandamientos de la ley santa del Señor: pero no los has
»de cumplir con tibieza y frialdad, sino con todo fervor
»y devocion; porque ella te moverá y compelerá á que
»no te contentes con lo comun de la virtud sólo, pero que
»adelantes en muchas obras voluntarias, añadiendo por
»amor lo que no te impone Dios por obligacion.» Y
despues de haberle manifestado admirablemente todo lo
dicho, termina diciendo: «Multiplica tú los actos fer-
»vorosos, las devociones y los ejercicios espirituales,
»atiende á la puntualidad y fervor con que yo obraba
»tantas cosas (2).»

En otra ocasion, despues de haberle manifestado que
la devocion, ó sea, que el emprender, practicar y con-
tinuar las obras con facilidad y presteza es más dulce
que la miel y más deseable y estimable que el oro y las
piedras preciosas, que ilumina los ojos del alma y alegra
el corazon, haciéndole conforme con el corazon de Dios, le
dijo lo que sigue: «Atiende, pues, hija mia, con todo apre-
»cio á las obras de virtud y perfeccion que conoces son
»del beneplácito de tu Señor, y ninguna desprecies, ni
»resistas, ni la dejes de emprender por más violencia que
»sientas en tu inclinacion y flaqueza. Fia del Señor y aplí-
»cate á la ejecucion, que luego vencerá su poder todas
»las dificultades; y conocerás con feliz experiencia cuan

(1) 1.^a par. núm. 630.

(2) 2.^a par. números 744 y 745.

»ligera es la carga y suave el yugo del Señor; y que no
»fué engaño el decirlo su Magestad, como lo quieren su-
»poner los tibios y negligentes, que con su torpeza y des-
»confianza tácitamente redarguyen esta verdad (1).»

Aun más le dijo: «Así como yo daba á mis obras todo
»el lleno de perfeccion posible con la fuerza del amor que
»siempre me pedia lo más perfecto y agradable al Señor,
»así trabaja tú en imitarme con toda diligencia: porque el
»Señor rendido y enamorado se vá tras las almas que así
»le aman y sirven en todas sus obras; como tambien se
»desvia de las tibias y negligentes y acude á ellas con
»una comun y general providencia. Aspira tú siempre á
»lo más perfecto y puro de las virtudes, y en ellas estudia
»é inventa nuevos modos y trazas de amor: de manera
»que todas tus fuerzas y potencias interiores y exteriores
»estén siempre ocupadas y oficiosas en lo más alto y ex-
»celente para el agrado del Señor (2).»

Así lo practicó la Virgen Santísima, á través de las
muchísimas pruebas de ausencias, abandonos y desam-
paros, con las cuales, repetidas veces tuvo á bien purifi-
carla y aquilatarla el Señor, como consta en la obra que
nos inspira: «en cuales pruebas la Reina del cielo tenia
»traspasado su corazón por una flecha de dolor; no por-
»que le faltasen los regalos y las caricias del Señor, sinó
»porque en su profunda humildad recelaba que por su in-
»gratitud y mala correspondencia, habia disgustado al Se-
»ñor, ó le habia faltado en alguna cosa de su servicio y
»beneplácito (3).

»Por lo que, dice Sor Maria, padeció la Madre de Dios
»un martirio el más riguroso, que jamás alcanzó el
»ingenio humano y angélico, excediendo á todas las penas
»de los mártires y penitencias de los confesores (4).»

Y hablando de la pérdida del divino Hijo en el templo,

(1) 2.^a par. números 213 y 214.

(2) Id. núm. 595.

(3) Id. núm. 716.

(4) Id. núm. 728.

dice: «Fué uno de los que se ofrecieron á la divina Madre,
»en que descubrió la grandeza de su magnánimo corazón,
»durante aquellos tres dias, en los cuales permaneció la
»candidísima paloma en lágrimas y gemidos, sin descan-
»sar, ni sosegar, ni dormir, ni comer, buscando siempre
»á su Amado con el corazón herido por el dolor sin me-
»dida, sospechando si, por ventura, le habia ella disgusta-
»do con su servicio y asistencia, pero observando en to-
»das sus acciones celestial armonia y consonancia;» como
hermosa y difusamente declara la misma Venerable (1).

Edificante ejemplo que deben procurar imitar aquellos
á quienes Dios retira la devoción sensible, y prueba con
sequedades y aparentes abandonos, los cuales, léjos de
desesperarse y abandonar las prácticas espirituales en
tales pruebas, han de continuar con mayor asiduidad y
confianza en los mismos ejercicios.

Además; la Reina del cielo nos dá un elocuente ejem-
plo que todos debemos tener siempre presente, á saber;
que hemos de procurar no perder á Dios por culpa
nuestra, no sólo grave pero ni leve; y rendirnos á El hu-
mildemente, si se nos oculta y trata con severidad, y bus-
carle siempre con toda ansiedad y amor; y por fin, ir
cada dia con más cautela y diligencia en servirle, compla-
cerle y estar íntimamente unidos con El; persuadidos de
que «el vínculo de su amor y sus cadenas nadie las pue-
»de romper, si no es nuestra propia voluntad;» como dice
la misma Madre de Dios (2).

CAPÍTULO XV.

Del modo de adquirir lucros espirituales.

Hablando sor Maria de la cuarta *bienaventuranza*, que
es, *Bienaventurados los sedientos y hambrientos de la jus-
ticia*, dice lo que sigue: «Alcanzó nuestra divina Señora el

(1) 2.^a par. núm. 746 y siguientes.

(2) Id. núm. 757.

»misterio de esta hambre y sed, llegando á lo supremo de
»la justicia y santidad y estando siempre sedienta de
»hacer más por ella; y á esta sed correspondia la plenitud
»de gracia con que la saciaba el Señor, aplicándole el
»torrente de sus tesoros y suavidad de la Divinidad (1).»

Tan ardorosas serian en Maria esa sed y plenitud de gracia, que dice su *Sierva*: «Obligado el Señor, como Dios y como Hijo verdadero de esta divina Princesa, habia entre Hijo y Madre una recíproca correspondencia y divino círculo de amor y de obras, que se levantaba sobre todo entendimiento creado. Porque en el mar océano de Maria entraban todas las corrientes caudalosas de la gracia y favores del Verbo humanado; y este mar no redundaba porque tenia capacidad y senos para recibirlos; pero volvianse estas corrientes á su principio, remitiéndolas á él la feliz Madre de la sabiduria para que corrieran otra vez y estos flujos y reflujos de la divinidad anduvieran entre el Hijo y Madre sola. Este es el misterio de aquellas dulcísimas palabras que se leen en el Cantar de los Cantares (2).»

Aquí tenemos manifestado el secreto para adquirir lucros eternos de valor infinito: nuestros deseos de complacer á Dios y de estar íntimamente unidos con El. Por este medio consiguió la Madre de Dios las gracias más estupendas y los favores divinos y lucros espirituales más admirables (3).

Por este motivo, además de lo que hemos dicho en varios puntos y especialmente al tratar de la *presencia de Dios*, enseña la Venerable «que los actos fervorosos del amor afectivo, aún en las cosas imposibles, obligan tanto á Dios que se dá por servido de ellos, cuando nacen de verdadero y recto corazón, y los acepta para premiarlos en alguna manera, como si fueran ejecutados (4).»

(1) 2.^a par. núm. 802.

(2) Id. núm. 771.

(3) 3.^a par. núm. 310 y siguientes.

(4) 2.^a par. núm. 1022.

Por lo mismo la Reina del cielo dijo á su *discípula* estas palabras. «Obra siempre en todas tus cosas por razón y gloria del Altísimo; en el comer, en el dormir, en el vestir, en hablar, en oír, en desear, en corregir, en mandar, en rogar, todo lo gobierne en tí la luz y el gusto de tu Señor y Dios y no el tuyo; y alcanzarás la luz divina, la paz, la tranquilidad de tu alma, la serenidad de tus potencias el gobierno de tus inclinaciones, y llegarás á ser toda iluminada con los resplandores de la divina gracia; y de *la vida sensible y animal, serás levantada á la conversacion y vida angélica* (1).»

«Levántate á ti sobre tí, le dijo también; obra diligentemente para que se te dé gracia sobre gracia y correspondiendo á ella reunas muchos merecimientos y premios eternos.»

Vivamos pues siempre íntimamente unidos con Dios: entreguémonos á El sin reserva y así avalorarémos y divinizarémos todos nuestros actos, como admirablemente lo manifiestan la Madre de Dios y sor Maria, según puede leerse en la *Mística Ciudad* (2).

APÉNDICE

SOBRE LA SENCILLEZ DE MARIA.

De propósito hemos diferido hasta aquí tratar expreso de la sencillez de Maria, aunque, según el tema propuesto, sea esta la virtud fundamental sobre la cual debiamos cimentar el edificio que hemos tratado de levantar; porque de no hacerlo de este modo, nuestra labor hubiera sido excesivamente difícil; en efecto; ¿cómo hubiéramos podido demostrar que se derivan de la sencillez de Maria los excelentes medios de santificación que hemos expuesto, si la misma sencillez con que los practicó Maria

(1) 1.^a par. núm. 549.

(2) 2.^a par. núm. 594.

Memoria

no nos lo hubiera manifestado? ¿Cómo hubiéramos podido dar idea, ni remota, de la exquisita sencillez de las formas con que Maria propone dichos medios, sinó valiéndonos de la llaneza con que ella misma propone esa misma doctrina? ¿Cómo, en una palabra, hubiéramos conseguido sacar de la sencillez de Maria medios de santificación sencillos y prácticos, sinó por medio de la misma simplicidad con que Maria pone á nuestro alcance medios tan oportunos de santificación?

Nosotros casi no acertamos á contemplar en Maria sinó su altísima dignidad, su ilimitado poder y sus incomprendibles perfecciones; pero ella nos manifiesta por modo admirable su candorosisima sencillez; confirmando con esa actitud lo que vaticinó el Profeta Rey, cuando dijo: *Toda la gloria de la hija del rey es interior* (1) significándonos que Maria ocultaria en el exterior las asombrosas cualidades que habian de distinguirla y encumbrarla sobre el resto de los mortales, como realmente lo cumplió, segun queda patentizado con lo que llevamos dicho.

Pues, no obstante, ser criatura casi divina por haber engendrado al mismo Dios, aunque el cielo y la tierra y todas las criaturas y todos los elementos estaban bajo su imperio, por lo que pudo obrar y realmente obró muchos estupendos prodigios, como consta en la *Mística Ciudad*, si bien fué un portento admirable de perfeccion y la obra maestra del Omnipotente, tan lejos estuvo de dejar traslucir ninguna de esas cualidades que, para ser en todo sencilla, se rebajó hasta la condicion más modesta y humilde y se igualó y confundió con los pobres y menesterosos; pues, como hemos dicho antes, vestia pobremente y trabajaba como los necesitados y como ellos se alimentaba únicamente de pan, frutas y algun pececillo, excepcion hecha de cuando se veia forzada á asistir á algun convite, en cual caso, para no singularizarse, comia lo que le ofrecian, aunque con mucha templanza (2). A fin de que

(1) Pslm. XXXIV. 15.

(2) 2.^a par. números 898 y 1038.

resalte más y más esta verdad, añadiremos á los rasgos trascritos algun otro sacado de la misma fuente. Como es sabido, los Reyes Magos ofrecieron á la Sagrada Familia en Belen algunos dónes y regalos; y como eran estos de gran valor y estima, fácilmente hubieran podido los santos Esposos mejorar con ellos su posicion; pero en vez de esto, dice sor Maria «los distribuyeron en tres partes; una «para llevar al templo de Jerusalem, otra para ofrecer al »Sacerdote que circuncidó al Niño, para su servicio y para »el lugar de oracion que habia en Belen, y la tercera para »los pobres (1).»

Notarémos, porque viene muy á propósito á nuestro objeto, la forma con que procedieron al hacer la entrega de la parte destinada al templo, lo que verificaron cuando fueron á Jerusalem para cumplir Maria santísima con la ley de la purificación. Lo refiere sor Maria con las siguientes palabras: «Antes de recogerse, (pues llegaron allí por »la tarde) la prudentísima Señora advirtió á su santo »Esposo que llevase luego la misma tarde al templo los »dones de los Reyes para ofrecerlos en silencio y sin ruido, »como se deben hacer las limosnas y ofrendas, y que de »camino trajese el mismo las tórtolas que habian de ofrecer el otro dia en público con el infante Jesus. Ejecutólo »así San José no dejando lugar como forastero y poco »conocido, para que se advirtiese quien habia ofrecido »tan gran limosna: y aunque pudo con ella comprar el »cordero que ofrecian los más ricos, no lo hizo porque »fuera desproporcion del traje humilde y pobre de la Madre y Niño y del Esposo ofrecer dónes de ricos en público, »y no convenia degenerar en accion alguna de su pobreza »y humildad, aunque fuera con fin piadoso y honesto; »porque en todo fué maestra de perfeccion la Madre de la »Sabiduria y su Hijo santísimo de la pobreza en que nació »vivió y murió (2).»

La misma predileccion á la sencillez y pobreza demos-

(1) 2.^a par. núm. 573.

(2) Id. núm. 373.

tró la Reina del cielo en Efeso: Al llegar á dicha poblacion con San Juan Evangelista, algunos fieles, dice sor Maria, «fueron á visitarla y ofrecerla sus posadas y haciendas para su servicio. Pero la gran Reina de las virtudes, que ni buscaba ostentacion, ni comodidades temporales, eligió por su morada la casa de unas mugeres recogidas, retiradas y no ricas que vivian sin compañía de varones (1).»

No es de maravillar que la Virgen santísima practicara en grado heróico esa virtud; pues segun reveló á sor Maria, Jesucristo concedió á los pastores de las cercanias de Belen la inefable gracia de adorarle recién nacido porque (son palabras textuales) «eran pobres, humildes, despreciados, justos y sencillos de corazon... y porque tenían tanta mayor semejanza con el Autor de la vida, cuanto eran más desemejantes del fausto, de la vanidad y ostentacion, y lejos de su diabólica astucia (2).»

¿No habia de ser sencillísima la Virgen, diciéndonos Jesucristo, que si no somos humildes y sencillos como un niño no entraremos en la Gloria? (3) Además: El mismo nos dice *Aprended de mi que soy manso y humilde de corazon* (4) como si dijera: quiero que en todo procuréis imitarme; pero, deseo que me imitéis de un modo más formal y explícito en la sencillez: ¿cuán eminente pues habia de ser en esta virtud la que fué imágen perfecta de su divino Hijo? Esto mismo nos lo declara, presentándonos á su Madre como tipo de esta virtud; pues despues de haberla llamado repetidas veces con el nombre de *Paloma suya*, nos dice á nosotros que seamos sencillos como palomas (5).

Oigamos por última vez á la misma Reina del cielo; la cual, adoctrinando á su *discípula* en esta virtud, le dijo las

(1) 3.^a par. núm. 373.

(2) 2.^a par. núm. 493.

(3) Math. XVIII. 3 y 4.

(4) Id. XI. 29.

(5) Id. X. 16.

siguientes palabras: «Elige siempre ó admite lo más pobre, moderado, desechado y humilde; pues de otra manera no puedes imitarme, ni seguir mi espíritu, con que desprecié sin hacer extremos todas las comodidades, ostentacion y abundancia que los fieles me ofrecieron en Jerusalem y en Efeso, para mi jornada y habitacion yo admití lo ménos que me bastaba:» *En esta virtud están encerradas muchas que hacen muy dichosa á la criatura; y el mundo engañado y ciego se pega y se arroja á todo lo contrario de esta virtud y verdad* (1).

Ya lo hemos oido de boca de la Madre de Dios; en la sencillez semejante á la que ella practicó están encerradas muchas virtudes que hacen dichosa á la criatura; y el mundo desalado y perdido va tras la ostentacion que arrastra á grandes vicios y pecados y hace desgraciada á la persona que se deja fascinar por ella; por lo cual la Iglesia santa cuida ya desde el Bautismo de que renunciemos formalmente á la misma.

No hay necesidad de aducir más citas, que por otra parte nos harian interminables; basta con la somera muestra que hemos presentado de las innumerables que constan en la preciosa obra *Mística Ciudad*, en la cual se lee continuamente entre líneas, pero destacada y luminosa esta palabra *sencillez*, como fiel y armonioso eco de lo que nos indicara la misma Madre de Dios en su cántico *Magnificat*; á saber; que así como de fecundo tallo brotan las flores, así de su sencillez y candor procede el cortejo de grandes virtudes y carismas celestiales.

Como se ha visto claramente, la demostracion de nuestro tema es debida puramente á la Madre de Dios; la cual no sólo nos ha facilitado nuestra labor harto superior á nuestras débiles fuerzas, sinó que nos la dá hecha magistralmente, proponiéndonos con sus elocuentes ejemplos y doctrina los medios sencillos y prácticos de santificacion que hemos expuesto; de los cuales, si bien algunos no se

(1) 3.^a par. núm. 390.

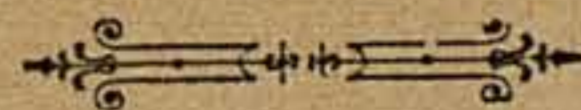
derivan de la sencillez de Maria sinó por la forma sencilla con que prácticamente los ha enseñado, otros empero, como la humildad, la obediencia, la mansedumbre y la modestia surgen *ex visceribus rei*; esto es, del fondo de su misma sencillez.

A. M. G. de Dios

y de su Santísima Madre.

ÍNDICE

	<u>Pág.</u>
Introduccion.	3
Capítulo I.—Debemos procurar santificarnos á ejemplo de Maria.	7
Capítulo II.—Debemos aprovecharnos de la predicacion de la divina palabra.	10
Capítulo III.—De los santos Sacramentos.	12
Capítulo IV.—De la oracion.	16
Capítulo V.—De las distracciones y tentaciones.	19
Capítulo VI.—De la presencia de Dios.	21
Capítulo VII.—Del Exámen de Conciencia.	22
Capítulo VIII.—De la Humildad.	24
Capítulo IX.—De la Obediencia.	28
Capítulo X.—De la mortificacion.	29
Capítulo XI.—De la mansedumbre y buen trato con el prójimo.	32
Capítulo XII.—De la modestia y silencio.	35
Capítulo XIII.—De la paciencia y conformidad con la voluntad de Dios.	38
Capítulo XIV.—De la devocion.	44
Capítulo XV.—Del modo de adquirir lucros espirituales.	47
Apéndice sobre la sencillez de Maria.	49



INDICE

1. De la imitación de María 1

2. De la sencillez de María 2

3. De la pureza de María 3

4. De la castidad de María 4

5. De la mansuetudine de María 5

6. De la caridad de María 6

7. De la humildad de María 7

8. De la obediencia de María 8

9. De la paciencia de María 9

10. De la fortaleza de María 10

11. De la esperanza de María 11

12. De la fe de María 12

13. De la caridad de María 13

14. De la mansuetudine de María 14

15. De la castidad de María 15

16. De la pureza de María 16

17. De la sencillez de María 17

18. De la imitación de María 18

MEDIOS

SENCILLOS Y PRÁCTICOS DE SANTIFICACION

SACADOS DE LA IMITACION

DE LA SENCILLEZ DE MARIA

POR

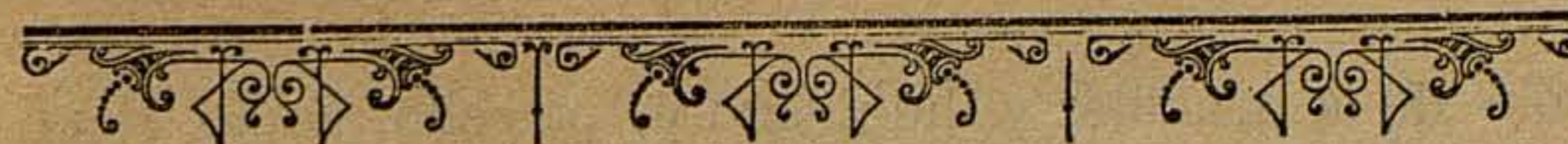
D. JULIAN DE PASTOR Y RODRIGUEZ



LERIDA

IMPRESA MARIANA

1894



Viola humilitatis.

ANTES que el dulce y variado gorgceo de los pájaros y el suave y perfumado ambiente, anuncia la llegada de la hermosa y poética primavera la aparición de una pequeña flor, tan sencilla y modesta como agradable y simbólica. Esa florecilla brota así en los campos y en los montes como en los mejor cuidados jardines, y aún parece que se complace en buscar la tranquilidad de los bosques. Surge y se extiende con gran abundancia por doquiera, como si deseara prestar á todos, al pobre no ménos que al rico, su grato aroma y sus salutíferas virtudes. No pretende descollar entre las demás flores que más tarde van engalanando la naturaleza, ni mucho menos dominarlas; y antes bien, por su tamaño, por su forma y por su color, parece que sólo aspira á ser la última de todas ellas. Nace, se desarrolla y vive oculta y escondida entre la espesura de las frondosas hojas de la planta que la produce; su corola es pequeña, está formada por reducido número de pétalos é inclinada hácia la tierra; su color oscuro, aunque agradable, carece de la brillantez que distingue á otras muchas flores; y si no fuera por el delicado y gratísimo perfume con el que recrea nuestro olfato, tal vez pasaríamos de largo sin descubrirla. Esa flor singularísima, agradable á todos, cantada por los poetas y hasta venerada como don del cielo por algun pueblo de la antigüedad, es la violeta, flor que por sus condiciones todas puede considerarse como acabado sim-

bolo de la sencillez y humildad y, por ello, como símbolo de Maria, perfectísimo modelo de la humildad, de esa virtud desconocida del paganismo y base necesaria y firmísima de la vida cristiana.

Simbólica también parece, por tanto, la violeta que la ACADEMIA BIBLIOGRÁFICO-MARIANA destina á galardonar el mejor trabajo en que se expongan medios sencillos y prácticos de santificación sacados de la imitación de la sencillez de Maria. El estudio de esta mística é incomparable violeta descubre efectivamente en grado eminentísimo las propiedades que distinguen á la modesta flor, gala de los campos y encanto de los vergeles; y muestra á todos lo mismo á los sábios que á los ignorantes, así á los ancianos como á los jóvenes, un acabadísimo modelo que, sino puede copiarse por su misma perfección, es necesario imitar hasta donde alcancen nuestras fuerzas; porque, con la dulzura propia de las enseñanzas de la mejor de las madres, nos estimula á la práctica de la virtud que constituye el fundamento de todas las demás y sin la que, por consiguiente, es imposible la santificación.

El asunto, como se vé, es importantísimo y de singular trascendencia; pero su desarrollo preséntase para nosotros erizado de dificultades gravísimas, hasta el punto de que más de una vez hemos dudado si debiéramos desistir en absoluto de ocuparnos en él. ¿Cómo nuestra pluma pobre y tosca ha de osar escribir sobre la sublime sencillez y humildad de Maria, asunto que no alcanzaron ni alcanzarán á tratar debidamente ni aun las de los más sábios y santos escritores? ¿Qué medios prácticos de santificación deducidos de la sencillez incomparable de Maria se atreverá á proponer quien en el fondo de su conciencia reconoce que está muy lejos de practicar tan hermosa y necesaria virtud? Y si por ventura alcanzáramos á escribir algo útil en fuerza de los clarísimos y elocuentes ejemplos que nos legó nuestra amorosa Madre, ¿no constituiría eso mismo la condenación de nuestra propia conducta más bien que enseñanza para los demás? Cierta-

mente, nuestro trabajo no puede ser digno de violeta, ni como premio del CERTÁMEN, ni como símbolo de la sencillez y humildad.

Mas de todas las dudas ha triunfado por fin nuestro deseo de ofrecer á la Santísima Virgen este modestísimo tributo de filial amor, animados por la confianza de que, si ninguna madre desecha el del peor de sus hijos, por pobre é imperfecto que sea, la Madre más cariñosa de todas se dignará perdonar las grandes imperfecciones de este trabajo y de su autor, atendiendo sólo al propósito que le ha inspirado. Seguramente no alcanzaremos el premio ofrecido, mas ¿ha ser tanto nuestro orgullo que, ni aun ante la consideración de la sencillez y humildad extraordinarias de Maria, permita someterse á esa prueba? Queden, queden en buen hora estas pobres líneas relegadas al último lugar de cuantas se escriban para el CERTÁMEN, pues aceptamos desde luego voluntaria y gustosamente el sacrificio del amor propio que por ello tengamos que hacer.

Jesucristo, el Hombre Dios, el Cordero inmaculado, es el modelo infinitamente perfecto de la sencillez y humildad. Su vida santísima es continuo ejemplo de esta virtud, como de todas las demás; y El mismo se digna enseñarnos con su divina palabra que debemos imitarle cuando nos dice: *aprended de mí que soy manso y humilde de corazón*. La amorosa Providencia no se ha limitado, sin embargo, á esto, con ser tanto como haberse hecho hombre el Hijo de Dios. Por si pareciera superior á la debilidad humana imitar las virtudes de Jesucristo, pues, aunque hombre, era también verdadero Dios y su persona divina, nos ofrece en Maria esa misma virtud en el colmo de la perfección, pero con perfección meramente humana. Mas ni aun esto es todo: ese modelo y prototipo soberano, se nos dá como Madre. Y, ¿quién si no la madre infunde en nuestros corazones el germen del bien

y de la virtud, más, aun que con su cariñosa y persuasiva palabra, con su constante ejemplo?

Procuremos, pues, estudiar ese perfectísimo modelo y aprovecharnos de las insinuantes y persuasivas enseñanzas que con su ejemplo nos dá la mejor de las madres. Los medios de santificación que esas enseñanzas suministran son tan prácticos como que consisten en el ejemplo y práctica constante de la virtud de la humildad; y tan sencillos en sí mismos como corresponde á la sencillez extraordinaria que se descubre en todos los actos de Maria. No puede desconocerse, sin embargo, que esos medios no son de fácil ni aun de posible ejecución sin la divina gracia porque pugnan abiertamente con nuestro amor propio, nuestra soberbia y nuestro orgullo, pasiones que nacen con nosotros y á cuyo influjo difícilmente logramos sustraernos en el curso de nuestra vida. Por eso tal vez nuestra cariñosa Madre no se ha contentado con ofrecer á nuestra imitación alguno que otro ejemplo de sencillez y humildad, sino que toda su vida santísima parece un continuo ejemplo de esa preciosa virtud practicada en grado eminente y casi incomprensible para nuestra soberbia.

Maria se nos presenta siempre como inspirada en el pensamiento de su nada y bajeza, reconociéndose y confesándose esclava del Señor omnipotente. Este hecho es sobremanera notable y digno de especial meditación. No se ocultaban ni podían ocultarse á la Santísima Virgen la plenitud de la gracia que, cual proclamó el Arcángel, adornó siempre su alma purísima, ni los dónes singularísimos con que había sido enriquecida, ni su incomparable dignidad de Madre de Dios, ni, en una palabra, su elevación extraordinaria sobre todas las criaturas incluso las angélicas.

Ni es posible tampoco dudar, ni aun por un solo instante, que esas manifestaciones de la profunda humildad de Maria obedeciesen á otro móvil que á su arraigado convencimiento de su limitación y poco valer. ¿Cómo explicar tanto anonadamiento, tan bajo pensar de sí en quien

se reunieron todas las perfecciones de la naturaleza y de la gracia de que es capaz el sér creado, hasta el punto de que sólo en Dios pueda encontrarse mayor perfección?

La explicación de este fenómeno parece que consiste en el conocimiento perfectísimo que la Santísima Virgen poseía por una parte de la infinita perfección del Criador y por otra de la limitación de su propio sér. Merced á los dónes del Espíritu Santo conocía efectivamente de un modo claro y perfectísimo las infinitas perfecciones y excelencias divinas; y, cuando, al volver luego la vista hácia sí misma, veía no menos clara y perfectamente su propia limitación como sér creado y finito aunque adornada de todas las perfecciones de que era capaz, se humillaba y anonadaba tanto más profundamente cuanto más completos y exactos eran una y otro conocimiento. Tal es; á nuestro juicio la piedra angular sobre la que únicamente puede y debe levantarse el edificio de la verdadera humildad cristiana.

¿Pensamos y procedemos nosotros de la misma manera? Escudriñemos imparcialmente nuestra conciencia y preguntémosnos: si nos viésemos adornados, aunque sólo fuera por breves momentos de una pequeña parte de las gracias y dónes que superabundantemente brillaron en Maria, ¿nos humillaríamos y anonadaríamos como Ella ó nos engreiríamos é hincharíamos de orgullo y soberbia presunción? Fácilmente encontraremos la contestación á esa pregunta, examinando lo que en nosotros acontece con frecuencia. Quién por la belleza más ó menos verdadera, de que se juzga adornado, quién por su talento, quién por su saber, quién por sus riquezas, quién hasta por su virtud, quién por varias de esas ú otras buenas cualidades, se considera poco menos que la divinidad ó tal vez no inferior á ella.

La causa de tan equivocado juicio procede de lo falso ó imperfecto de nuestro conocimiento respecto á Dios y á nosotros mismos, y de lo poco que pensamos en la absoluta é infinita perfección del Criador y en nuestra miseria y nada. ¿Qué vale, en efecto, la mayor belleza humana?

Flor de un día, acaso más aparente que real, se marchita al siguiente para convertirse muy pronto en horrible y repugnante fealdad; en tanto que brilla en Dios inmutablemente la belleza infinita y eterna. Y ¿qué talento, qué saber, qué riquezas, qué virtud pueden compararse con el entendimiento, la sabiduría y las perfecciones infinitas de Dios? Mas aunque se reunieran en nosotros todas esas excelentes cualidades que nuestro amor propio nos hace ver abultadas, ya que no sean únicamente ficción de él, ¿por ventura somos los autores de lo bueno que encontramos en nosotros? ¿Desconoceremos que lo hemos recibido de las manos bondadosas de la Omnipotencia divina? Y si lo hemos recibido, ¿por qué nos gloriamos y ensoberbecemos como si fuera todo obra nuestra?

Es necesario, pues, que rectifiquemos el falso concepto que con frecuencia formamos de nosotros mismos y de las relaciones de dependencia é inferioridad en que nos encontramos respecto á Dios; es necesario que pensemos constantemente en las inefables, absolutas é infinitas perfecciones de Dios, á quien debemos todo lo que de bueno se encuentra en nosotros, y al mismo tiempo en nuestra imperfección, limitación y nada; es necesario, en una palabra que imitemos la sencillez y humildad practicadas por María, no obstante lo mucho que aventajó en perfección á todos los hombres, aun los más perfectos y Santos. Ciertamente que no es posible igualar á la Virgen Inmaculada en esa hermosísima virtud por que tampoco podemos igualarla en gracia y en conocimiento perfectísimo que poseía tanto de la grandeza de Dios como de nuestra propia nada; pero es muy posible y debido que la imitemos, para lo cual es más que suficiente lo que alcanzamos á conocer así respecto á Dios como á nosotros mismos.

Pero, si no fuera aun bastante motivo para humillarnos el convencimiento de nuestra pequeñez y nada, debería serlo indudablemente el de nuestra conducta tan poco conforme con la ley divina. Debemos ser sencillos y humildes, no sólo porque no se nos puede ocultar que somos

polvo y nada, sinó por que somos pecadores y por el pecado nos hacemos todavía mucho más limitados, imperfectos y miserables. Las transgresiones de la ley divina, en las que con tanta frecuencia incurrimos, nos separan cada vez más de Dios, bien sumo é infinito cuya posesión constituye la verdadera felicidad y perfección del ser finito; producen el desorden, el rebajamiento y la desgracia del individuo y de las sociedades; y nos reducen, en fin, en un estado inferior al de los seres que reputamos más viles. ¿En qué puede fundar el pecador su soberbia? ¿Para qué le sirven la belleza, el talento, el saber, los honores y los tesoros si el elemento más noble de un ser, el alma, está afeada por la culpa; si apesar del talento, del saber y de todos los demás bienes que recibió del Criador, se ha separado de su verdadero fin, se ha degradado y envilecido; si esos mismos dones, mal empleados, han sido tal vez la causa de su degradación y envilecimiento?

Reconozcamos que nada hay tan absurdo y contradictorio como la soberbia del pecador y nada más justo y natural que su humillación. Confundámonos con el ejemplo singularísimo mediante el que nos enseña nuestra cariñosa Madre esa sencillez y humildad, cuya práctica comprendió sin duda que había de ser tan difícil para sus soberbios y orgullosos hijos. María, no obstante su santidad eminentísima, jamás empañada ni oscurecida por la más leve sombra de pecado, se presenta siempre sencilla y humilde en extremo; y nosotros, pecadores, reos de tantas y tan graves ofensas hechas á Dios, indignos hasta de conservar la vida, ¿no nos humillaremos y anonadaremos ante tan portentoso ejemplo de humildad.

Hé aquí la primera y fundamental enseñanza que, á nuestro juicio, debemos sacar de la sencillez y humildad de María. Debemos procurar que arraigue profundamente en nuestro entendimiento y en nuestra voluntad la idea de la suma é infinita perfección de Dios y de nuestra pequeñez, limitación y miserias, acercándonos cuanto nos sea posible al bellissimo ideal que en este punto nos ofrece

Maria. Este pensamiento y este propósito deben estar siempre vivos en nuestra mente, pero en especial cuando notemos que la soberbia y el orgullo, que tan hondas raíces hechan en el corazón humano, tienden á brotar ó manifestarse en alguna de sus múltiples y variadas formas. Recordemos entonces lo poco, lo nada que somos ante la perfección y grandeza infinitas del Hacedor; que solo El es grande, perfecto, inmutable y eterno; que de El hemos recibido cuanto hay de bueno en nosotros; que obra nuestra son el pecado y el vicio que nos constituye en una mayor y degradable inferioridad; y que, si Maria, colmada de todos los dones y excelencias de la naturaleza y de la gracia, santísima, pura, inmaculada, fué sencilla y humilde en sumo grado, nosotros, imperfectos, miserables y pecadores, lejos de tener motivo en ocasión alguna para enorgullecernos, los tenemos siempre, y har-to graves, para humillarnos profundamente hasta el anonadamiento.

De este principio fundamental se deducen importantísimas consecuencias que vemos llevadas á la práctica en un grado sublime por la Santísima Virgen.

El verdaderamente sencillo y humilde, imbuido en las ideas que acabamos de indicar, no sólo no apetece ni busca las alabanzas, sino que, antes bien, las que se le dan le turban y únicamente le sirven para anonadarse más y más, refiriendo exclusivamente á Dios todo lo bueno que los demás le atribuyen. ¡Qué sublimes ejemplos nos ofrece en este punto Maria!

El Arcángel Gabriel, al anunciarla el gran misterio de la Encarnación del Hijo de Dios, la saluda, llamándola llena de gracia y bendita entre las mujeres. La Virgen se turba al oír estas palabras; y el Ángel se vé precisado á tranquilizarla diciéndola: no temas, Maria, porque has hallado gracia delante de Dios. Enterada de la gratísima y singular nueva que le anuncia el espíritu angélico, se limita á preguntar sencillamente: ¿cómo sucederá esto, pues no conozco varón? Y, persuadida de que no ha de sufrir por ello el menor detrimento su virginidad, dice

humildemente: *he aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra.*

¡Qué magníficas lecciones encierra este episodio que es al mismo tiempo el dichoso principio de la redención del linaje humano! No es posible concebir un elogio mayor que el que de Maria hace el Ángel. ¡Llena de gracia, bendita entre todas las mujeres! No cabe tampoco excogitar mayor grandeza que la de ser Madre de Dios, según le anuncia el celestial espíritu. Pues bien, el efecto que esos elogios grandísimos, y no dirigidos á ningún otro descendiente de Adán, producen en Maria es la turbación de su ánimo. Esa incomparable grandeza á la que es elevada Maria, lejos de engreirla y enorgullecerla; la hace comprender mejor su pequeñez y que todo es obra de la bondad divina; y las únicas palabras que pronuncia son para reconocerse esclava del Señor.

La consideración de este grandioso suceso hace prorrum-pir á un insigne y conocido escritor moderno en esas hermosas frases que no podemos resistirnos á copiar: «¿No habeis visto nunca á algún alma de un mérito que se ignora á sí mismo, expuesta súbitamente á un concierto de elogios que no espera y que ella es la única que no comprende? ¡Qué sorpresa, qué aturdimiento, qué interesante turbación no hace experimentar á su modestia este combate! Pues figuraos ahora á Maria que se cree la última de las criaturas, saludada repentinamente por un Ángel como llena de gracia y bendita entre todas las mujeres. ¡Qué turbación! ¡qué trastorno en todo su ser! Las injurias turban á la generalidad de los hombres, porque éstos se ocultan sus defectos, no los miran sino lo ménos que pueden, estan llenos de sus supuestos méritos y hablan de ellos con frecuencia; pero Maria, ocupada siempre de su nada en la presencia de Dios, no podia turbarse sino con elogios. Su humildad era tan sencilla, que ni aun habia tenido orgullo que combatir; y por eso le parece tan extraordinaria y sorprendente la idea de grandeza que las palabras del Ángel presentan á su espíritu. ¡Ah! si este epitalamio se hubiera dirigido á la hija de

Caifás, no hubiera pensado mucho tiempo para si lo que podia ser aquella salutacion, sino que luego al punto hubiera aceptado ese honor y hubiera reparado en su corazon esta expresion de complacencia: ¡Oh Dios! ¡qué feliz acontecimiento!»

Sí, esto último es, efectivamente, lo que con frecuencia nos sucede. Confesémoslo aunque padezca nuestro orgullo. Los elogios están muy lejos de turbarnos; y antes bien nos agradan y satisfacen de un modo extraordinario. Lo que nos turba, ofende y aun irrita ordinariamente es que no nos elogien, ó que nos elogien ménos de lo que corresponde á nuestros méritos, segun nuestro soberbio juicio. Es verdad que, cuando se nos alaba ó elogia, experimentamos cierta especie de rubor y hasta asoma el color al rostro, porque aun al más soberbio no puede ocultarse completamente su limitacion y nada; pero si examinamos imparcialmente nuestro espíritu ¿podrémos asegurar que allá, en el fondo de nuestro corazon, no esperitemos cierta fruicion y complacencia? Por el contrario, cuando se nos elogia ménos de lo que creemos justo ó cuando pasan desapercibidos para los demás nuestros méritos ó lo que pensamos que lo son, ¿no experimentamos algun sufrimiento ó malestar, ó como cierto frio interno? ¡Cuán diferente es nuestra conducta de la de nuestra Santísima Madre!

La sencillez de Maria se manifiesta tambien de un modo admirable cuando, al anunciarla el Angel la Encarnacion del Verbo, responde sólo con esta pregunta: ¿cómo sucederá esto? Cree sencillamente y sin oponer la menor duda; y únicamente trata de inquirir si, por tal causa, ha de hacer el sacrificio de su virginidad, aun cuando fuera recompensado con el inmenso honor de la maternidad divina. No acostumbra á ajustarse nuestra conducta á tan hermoso modelo, aun en materias mucho ménos difíciles: nuestra fe no es ordinariamente tan sencilla, y con frecuencia pretendemos someter todo á nuestro propio juicio ó peculiar criterio.

Continúan las alabanzas tributadas á Maria; y continúa

Maria repitiendo las pruebas más extraordinarias de su sencillez y humildad inefables. Inmediatamente despues de la grandiosa escena de la Anunciacion, se dirige con presteza á la casa de Zacarías, saluda á su prima Isabel; y ésta, tan pronto como oye la voz de Maria, exclama en alta voz: *bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre*. Y Maria, lejos de ensoberbecerse por estas alabanzas, por este entusiasta reconocimiento de su divina maternidad, se humilla, se confiesa nuevamente esclava del Señor, atribuye toda su grandeza exclusivamente á la omnipotencia de Dios y su corazon, henchido de los sentimientos que en él despierta la admiracion de las sumas bondades divinas, prorrumpe en aquel inspiradísimo cántico, el *Magnificat*, explosion sublime de los afectos que se desbordaban del alma de la Virgen Madre, y que dice el mismo profundo escritor citado, es suficiente para convertir á un ateo: «Mi alma engrandece al Señor y mi alma dió saltos de alegría en Dios, Salvador mio. Por que miró la humildad de su esclava, hé aquí que ya desde ahora todas las generaciones me llamarán bienaventurada. Porque ha hecho conmigo cosas grandes el que es poderoso, y cuyo nombre es santo.»

La enseñanza que se deriva de este inaudito ejemplo de sencillez y humildad, no puede ser más evidente. Todos los bienes que poseemos los hemos recibido de Dios. Ciertamente que por nuestros propios actos libres conservamos esos mismos bienes recibidos y podemos aumentarlos y hasta proporcionarnos otros por medio de ellos; mas, aun eso que podríamos llamar nuestro ¿seria posible sin lo que hemos recibido de la omnipotencia de Dios y sin la sapientísima Providencia divina que nos suministra á manos llenas los tesoros de su bondad? Y si esto acontece en el orden de la naturaleza, ¿qué podríamos hacer en el sobrenatural sin el auxilio de la gracia, nosotros, pobres, miserables é inclinados á lo malo? Por eso, si los demás encuentran en nosotros algo bueno ó laudable, debemos repetir en el fondo de nuestro corazon los sublimes conceptos del *Magnificat*, con harto más

motivo que Maria, por la diferencia inconmensurable que existe entre sus excepcionales méritos y nuestra miseria y nada.

Exponiendo la materia que nos ocupa, un piadoso historiador de la vida de la Santísima Virgen escribe las siguientes oportunas palabras: «Aunque oyó aclamar á su Hijo tantas veces con ilustradísimos pregones, unos llamándole el gran Profeta de Israel, otros el bendito del Señor, otros el Rey Mesías esperado, y otras veces oyó de sí misma gloriosas aclamaciones de los que la llamaban Madre del Hijo de Dios y del Redentor de Israel y por tal la veneraban, como cosa sagrada y más que humana, extendiéndose por todo el mundo la fama de su nombre, y viniendo de partes remotísimas muchas personas ilustres, como dicen graves autores, á verla como un prodigio de la naturaleza y un milagro de la gracia, nunca, con tan esclarecidas alabanzas y honoríficos pregones, fué herida de vanidad y soberbia; ántes permaneció inmóvil en profundísima humildad, refiriendo á Dios con intenso hacimiento de gracias en todas las cosas, todo el bien que en sí conocía y lo que otros publicaban de sus alabanzas, sujetándose tanto más humildemente á su obediencia, cuanto más enriquecida é ilustrada fué de su divina mano.»

Tal es, efectivamente, el ejemplo que nos dió, durante toda su vida, la Virgen Inmaculada; y ese ejemplo es el que nosotros debemos imitar constantemente, sin que nos abatan las censuras, ni nos enorgullezcan las alabanzas que por ventura se nos tributen. Considerémos la inmensa distancia que separa la santidad y los méritos de Maria de los nuestros, y por consiguiente, con cuan fundado motivo nos hemos de juzgar indignos de todo elogio y referir los escasos merecimientos que pueden encontrarse en nosotros, al Autor de todo bien.

Otra consecuencia importantísima de las reglas que deben servir de norma á nuestra conducta, segun lo expuesto, es el procurar que permanezcan ocultos nuestros méritos, lejos de hacer como alarde de ellos. Si estamos

verdaderamente persuadidos de que lo bueno que poseemos, no puede afirmarse que es propio y exclusivamente nuestro, si en realidad no queremos las alabanzas y los elogios de los demás, por entender que unas y otras deben referirse á Dios, ¿qué motivo ha de impulsarnos á manifestar nuestros méritos ni mucho menos á alardear de ellos? Ved sino el heroísmo con que Maria oculta el misterio de su divina maternidad á todos, incluso á su purísimo esposo, á pesar de que parecia necesario que le descubriese á este último á lo menos para evitar que abrigara en su corazon gravísimas sospechas.

Comparemos ahora nuestro proceder ordinario con ese ejemplar santísimo. ¿Procuramos tener ocultos los méritos, dónes y gracias de toda clase que poseemos ó que creemos poseer, ó, por el contrario, propendemos más bien á hacer ostentosa manifestacion ó exhibicion de ellos? ¿Corresponde al silencio de Maria la frecuencia con que hablamos de nosotros mismos, de nuestras buenas cualidades y de cuanto pueda contribuir á que los demás formen de nosotros favorable y aún elevado concepto? De temer es que nuestra conciencia conteste negativamente á estas preguntas; y si tal sucede, forzoso es que, para combatir esas orgullosas tendencias incompatibles con la santificación, imitemos lo más perfectamente posible los heroicos ejemplos de sencillez y humildad que incesantemente nos dá nuestra amorosa Madre.

Propio es tambien del sencillo y humilde amar la soledad y huir del bullicio, á semejanza de la modesta y sencilla violeta que nace y se desarrolla en el bosque solitario, y aun allí oculta entre el follaje de la planta. Los lugares solitarios convidan á la meditacion de las verdades cuyo continuo estudio fortifica y robustece en el alma el sentimiento de la humildad. El bullicio del mundo, por el contrario, hace que se olviden, se oscurezcan ó se consideren menos de lo debido las fecundísimas ideas relativas á la infinita grandeza de Dios, á nuestra suma pequeñez é insignificancia y á las consecuencias igualmente fecundas y prácticas que resultan de la comparacion de

tanta grandeza por una parte y tan extraordinaria pequeñez por otra; ofrece ancho campo al incremento de nuestro ingénito orgullo; y por doquiera hace surgir formidables escollos, en los que facilmente naufraga aquella preciosa virtud.

Así vemos que Maria, mística é incomparable violeta, vive apartada de la agitacion y bullicio del mundo, y busca los lugares solitarios. Este hermoso ejemplo tan difícil de imitar para nuestra flaqueza, nos enseña cuan necesario es que reprimamos nuestra propension á exhibirnos y á engolfarnos en la vida bulliciosa del mundo y que procuremos fomentar en nuestro corazon el amor á la soledad en la que debe templarse y prepararse nuestro débil espíritu para las luchas terribles que ha de sostener incesantemente contra la soberbia.

Como la aromática violeta ofrece á todos sus delicados perfumes y sus medicinales virtudes, sin distinguir entre el pobre y el rico, el sabio y el ignorante, brotando lozana y hermosa en el campo más humilde y en los artísticos jardines de los palacios, así el sencillo y humilde está siempre dispuesto á prestar sus servicios, lo mismo al superior que al inferior, ó, mejor dicho, á todos indistintamente, pues para él no hay inferiores.

Aprendamos de las elocuentes lecciones que sobre este punto nos dá Maria con sus actos. Ella, elevada á la dignidad más eminente que alcanzara jamás el hombre, la dignidad de Madre de Dios, no espera á que Santa Isabel vaya á visitarla, con motivo de tan admirable suceso, sino que se apresura á ir á casa de su prima, la visita y la sirve durante tres meses con mucho amor y afabilidad. ¿Qué hijo, aun él más protervo, podrá negarse á imitar este hermosísimo ejemplo de su excelsa Madre?

Nuestro orgullo, nuestro ciego orgullo no nos deja ver con harta frecuencia la clarísima enseñanza con la que nos alecciona cariñosamente Maria al hacer esa visita memorable. El orgullo es el que no nos permite, no ya sólo servir y servir afablemente al inferior, sinó ni anticiparnos á saludarle, ni aun acaso corresponder al saludo que

nos dirige. El orgullo es el que hace mirar desdeñosamente al inferior ó al que reputamos que lo es, contestarle con desabrimiento, y hasta negarse á cruzar la palabra con él. El orgullo, solo el orgullo, es el que, oscureciendo nuestra inteligencia, nos hace creer que nos degradaría servir al que consideramos inferior. Si, sólo la pasión puede inspirarnos tan equivocados conceptos, pues, si atendiéramos á lo que la razón fría é imparcial nos dice, no podríamos incurrir en semejante error.

¿Qué excelencias, qué perfecciones encontramos en nosotros para juzgarnos superiores á los demás, ó qué vemos en estos para considerarlos como de una raza muy inferior? Si atendemos á la belleza, no hay ninguna que no deba reconocer otra mayor, y todas son deleznales y fugaces como el humo, y al talento, aun el más eminente es finito y expuesto á torpes y gravísimos errores; si al saber, todo el humano consiste en ignorar algo ménos; si á los honores, hasta los más merecidos son efímeros y mudables, si al poder y á las riquezas, constituyen carga onerosísima que á no pocos hace claudicar con su peso; y si á la virtud, la humana adolece de ordinario de la flaqueza é imperfección de nuestro ser. Y ¿qué son todas esas grandezas del hombre en presencia de la infinita de Dios? Y ¿existirian aun en ese grado finito sin la bondad y la gracia divinas? ¿Nó nos hace temblar y ser más cautos el ver que por inescrutables designios del Altísimo, el que ayer se distinguía por alguna de esas buenas cualidades que tanto nos envanecen, hoy las ha perdido; y que, en cambio, el que era estimado como inferior viene á ser muy superior mañana?

Ilustrado por la verdad católica, el humilde reconoce que todos los hombres participamos de la misma naturaleza, que todos procedemos del mismo origen y somos llamados á la consecución de idéntico fin, y que á todos alcanzó por igual el inmenso beneficio de la redención. Por eso para él no hay inferiores y está dispuesto á servir á todos como hermanos y con el afecto propio de quienes están unidos por vínculos tan estrechos y múltiples.

Si nuestras débiles fuerzas no permiten ejercitar la sencillez y humildad en el grado heróico que admiramos en la Purísima Virgen, es necesario, por lo menos, que íntimamente persuadidos de que nada hay en nosotros que nos dé superioridad esencial sobre los demás y de que, por otra parte, tenemos sobrados motivos para humillarnos, considerémos siempre á todos como hermanos, sin distincion de personas, ni categorías, lejos de tratarles con desvío, aspereza ó desden.

Avanzando por este camino, llégase á un término tan natural para el sencillo como difícil y hasta incomprensible para el soberbio. Tal es el de no apetecer ninguna de las vanas distinciones y preeminencias que tanto estima el mundo y buscar siempre, por el contrario, el último lugar. Este es el resultado lógico del convencimiento verdadero y profundo de la nulidad y miseria propias, igualmente distante de la soberbia y de la hipocresia, que obliga al que tiene la dicha de adquirirla á considerarse inferior á todos y, por tanto, á no juzgarse digno de distincion alguna respecto á ninguno.

La sencillez y humildad que tanto brillaron en Maria, forzosamente debian mostrarse de un modo espléndido en este nuevo aspecto. Así sucedió á la verdad: no obstante su dignidad y elevacion extraordinarias por su cuna, por sus virtudes y dónes y, sobre todo, por estar destinada á ser Madre de Dios, vemos que se desposa con un carpintero, dá á luz al Hombre-Dios en miserable establo y ocupa materialmente el último lugar en el Cenáculo. Acerca de este interesantísimo detalle observa oportunamente un santo escritor mariano que en ese último lugar la menciona también San Lucas, no porque el Evangelista dejase de conocer el mérito de la Virgen, por el que debia colocarla antes que los demás, sinó porque habiéndose puesto Maria la última de todos, los nombra por el orden con que allí estaban.

¡Cuán distintos acostumbran á ser nuestros deseos, nuestras aspiraciones y nuestros actos! Ordinariamente apetecemos y buscamos no lo más modesto y humilde,

sino lo más preeminente y ostentoso; aspiramos á ocupar los lugares más distinguidos y preferentes; y tan lejos estamos de querer colocarnos en el último, que si se nos designa uno inferior al que juzgamos que nos corresponde, sufrimos por ello una gran contrariedad, nos inquietamos, tal vez manifestamos nuestro disgusto en forma nada humilde y hasta llegamos á promover poco edificantes contiendas. Díganlo sino esas cuestiones de etiqueta que frecuentemente se suscitan, cuestiones tan importantes, segun la general opinion, como fútiles y hasta ridículas juzgadas conforme al criterio de la razon y de la humildad cristiana. Y nótese que esas vanas cuestiones surgen á veces en los actos religiosos, aún en aquellos que tienen por objeto el ejercicio de las virtudes, inclusa la humildad, y acaso en el mismo templo. ¡A tanto llegan la flaqueza y miseria humanas! Tengamos presente la muda cuanto elocuentísima leccion que nos dá Maria; y es seguro que si pensamos bien en que Ella se colocó en el último lugar, nosotros no nos desdeñaremos de ocuparle.

La misma consideracion, los mismos sentimientos que impulsan al humilde y sencillo á colocarse en el último lugar, le hacen inaccesible á las ofensas producidas por el desprecio y hasta le mueven á querer y buscar éste. Para él lo que juzga desprecio el orgullo es únicamente la justa apreciacion de su pequeñez y nada. ¡Qué palabras, qué actos pueden hacer mella en el corazon de quien tan bajo concepto tiene formado de sí? No hay que temer que rehuya exponerse á la falta de consideracion y aun á la befa y al escarnio quien todo eso lo estima muy natural, lógico y conforme con su miseria y ruindad. Y si luego mira al camino que nos dejó trazado Maria con su ejemplo ¿podrá estrañarse que llegue hasta desear y buscar los desprecios y humillaciones á los que en tanto grado y voluntariamente se sometió la Virgen Santísima?

Maria, modelo siempre de sencillez y humildad, practica esas virtudes hasta el último límite del sublime en los monumentos no menos grandiosos y sublimes en que

se realiza el inefable sacrificio del Hombre-Dios. No acompaña á su divino Hijo el día que entra triunfalmente en Jerusalem sobre las palmas y ramos que arrojan á sus piés en medio de entusiastas himnos y bendiciones; pero pocos días despues le sigue al monte Calvario, cuando llega aquel supremo instante en el que muere en afrentosa cruz. No quiere participar de la gloria que rodea á Jesus al ser aclamado y victoreado como hijo de David, y se somete en cambio á los desprecios é infamia grandísimos que habian de recaer sobre la madre del que es ejecutado entre dos facinerosos y juzgado por la multitud como un vil criminal. ¡Oh milagro de humildad! ¡Cuán indignos somos de llamarnos vuestros hijos! Vos, purísima, dechado de perfeccion, prodigio de grandeza, superior á todos los seres creados, digna de alabanza, honor y culto incessantes, buscasteis la humillacion, el menosprecio y la afrenta; y nosotros, pecadores, imperfectos y verdaderamente despreciables, no queremos sufrir la más pequeña mortificacion del amor propio. Grande es el dominio sobre el orgullo que supone el amor al desprecio, el exponerse voluntariamente á él y el buscarle; difícilmente puede lograrse tan alto grado de perfeccion; pero ya que no alcancemos al heroismo de la virtud, es forzoso procurar sufrir paciente y resignadamente los desprecios ó lo que reputamos tal, conteniendo los ímpetus de la soberbia que fácilmente se exalta al menor átomo no ya de desprecio sino de menor consideracion ó estima. El ejemplo de Maria debe avergonzarnos de las frecuentes debilidades de que en este punto nos acusa la conciencia, y estimularnos, á la vez, á imitar, hasta donde nos sea posible, la sublime abnegacion de la Virgen Inmaculada. ¿Seremos tan flacos y miserables que, teniendo á la vista ese acabadísimo modelo de heroica humildad, no acertemos á copiar siquiera imperfectamente y en pequeña parte el amor al desprecio y á la humillacion que tanto resplandece en aquel?

La imitacion de la sencillez y humildad de Maria, manifestadas principalmente en los varios aspectos que acaba-

mos de exponer, no puede menos de ser útil, en gran manera, para nuestra santificacion, pues supone la práctica de una virtud que constituye el fundamento de todas las demás, y la victoria sobre una de las pasiones que con más fuerza y generalidad dominan en el corazón humano.

La soberbia: hé ahí la pasion que allá, en los comienzos de la historia del género humano, hace caer á nuestros primeros padres, y con ellos á nosotros, del estado de felicidad en que vivian, á la triste situacion en que se encontraron despues, convirtiendo el paraíso terrenal en lo que con sobrada verdad llamamos valle de lágrimas. Desde aquel momento todos los hombres, si no es por una privilegiada excepcion, adquieren al nacer tan triste herencia; y esa pasion que principia á descubrirse en los primeros años de nuestra vida, nos combate, durante toda ella, sin perdonar edad, condicion ni clase; el jóven y el anciano, el ignorante y el sábio, el noble y el plebeyo, el rico y el pobre son indistintamente víctimas de su tiránico imperio; y sus manifestaciones y formas son tan variadas que, en ocasiones, hasta aparece cubierta con el hermoso ropaje de la virtud.

Innumerables y gravísimos males y estragos viene causando en el mundo esa pasion, á contar desde la caida de Adán y Eva. Bajo su pernicioso influjo, la voluntad cae fácilmente en todo vicio y con gran dificultad se levanta de él y se somete á la práctica de la virtud; se aflojan y debilitan los vínculos familiares hasta el punto de hacer imposible la vida ordenada de la sociedad doméstica; los que ejercen el poder se entregan al más desenfrenado despotismo, al paso que los súbditos se niegan á sujetarse al necesario yugo de la obediencia, sin la que no es posible sociedad alguna; y surgen el desorden, el trastorno y la perturbacion general, factores importantísimos del profundo malestar que aqueja á los pueblos. Las guerras, las revoluciones, terribles azotes de los Estados, han tenido también frecuentemente su origen en esa devastadora pasion. ¡Cuánta sangre se ha derramado, cuantos crímenes se han cometido á impulsos de la ciega soberbia!

Pasion que tales daños causa y que tan extensas y profundas raíces echa en el corazon humano, debe ser combatida, sin tregua, hasta arrojarla de las últimas trincheras y dominarla, si hemos de quedar libres de su dominio incompatible con toda virtud y santidad. Por este motivo, sin duda, tan repetidamente nos enseña el Divino Maestro con sus palabras y con sus actos la necesidad de ser sencillos y humildes y de vencer esa funestísima pasion, raiz de todos los vicios. Ya nos dice que, si queremos entrar en el reino de los cielos, es indispensable que adquiramos la sencillez de los niños, hácia quienes muestra singularísima predileccion; ya nos recomienda la sencillez de la paloma; ora con profética voz anuncia que el que se exalta será humillado y el que se humilla será exaltado; ora nos invita cariñosamente á que aprendamos de El que es manso y humilde de corazon, á que imitemos su ejemplo. ¡Y qué ejemplo, propio exclusivamente de Hombre Dios! ¿Qué mayor humildad puede idearse en El, efectivamente, que tomar nuestra flaca y miserable naturaleza, nacer en un pesebre, agotar todas las privaciones de la pobreza, sufrir pacientemente, cual cordero mansísimo, los indecibles tormentos, afrentas y humillaciones de la Pasion y espirar, por último, clavado en ignominioso madero, como si fuera el más vil de los criminales? ¡Ah! ¡Qué evidentemente se da á conocer nuestra flaqueza cuando á pesar de la leccion elocuentísima que el Divino Redentor nos dá desde la cruz, no desaparece de nuestro corazon hasta el último resto de soberbia!

No satisfecho todavia con darnos esas preciosas lecciones, esos portentosos ejemplos, termina, segun notamos al principio, dándonos por Madre á la suya Santísima, modelo tan perfecto y acabado de la sencillez y humildad como permite lo finito de la naturaleza humana, á fin, sin duda, de que con la cariñosa insinuacion, con la dulzura propia del amor maternal, nos enseñase esas mismas lecciones que tanto trabajo nos cuesta aprender y practicar. De esta suerte, conforme al providencial y sapientísimo plan divino, si la soberbia de Eva trajo al mundo el peca-

do y la muerte, la humildad ejemplarísima de la segunda Eva debe conducirnos á la consecucion de la gracia, de la santificacion y de la vida dichosa y sin fin.

Para ello, segun dejamos expuesto, es preciso que aspiremos constantemente el suavísimo aroma de la celestial violeta y utilicemos sus saludables virtudes.

Debemos comenzar procurando conocer, lo más perfectamente que nos sea posible, nuestra imperfeccion y miseria, consistentes, no sólo en lo limitado de nuestro sér, sinó además en la degradacion y envilecimiento producidos por el pecado. Comparando luego nuestra limitacion con la omnipotencia, santidad y demás infinitas perfecciones de Dios, á quien debemos la existencia y cuanto somos y valemos, habremos de reconocer que no hay motivo fundado para enorgullecernos y si muchos y gravísimos para humillarnos y anonadarnos. A estos pensamientos, con los que es necesario, por decirlo así, identificarse, hay que recurrir especialmente en las frecuentes ocasiones en que la soberbia pretende apoderarse de nuestro corazon, lisonjeándole y extraviar nuestra inteligencia, haciéndonos ver en nosotros bajo mil formas engañosas unas grandezas y unos méritos que distamos mucho de poseer verdaderamente. Esta consideracion que tanto contribuyó en Maria á que se humillara profundamente, debe ser el antídoto contra nuestra soberbia, antídoto, tanto más indicado y eficaz, cuanto mayor es la distancia que separa la perfeccion de la Virgen sin mancilla de nuestra gran imperfeccion.

Persuadidos de esta verdad, no debemos buscar ni apetecer las alabanzas, de las que sabemos somos indignos; y cuando se nos alabe, lejos de enorgullecernos, atribuyamos las alabanzas á Dios de quien procede todo lo bueno que los demás puedan encontrar en nosotros. Pensemos que así lo hizo Maria, no obstante sus verdaderos y singularísimos méritos y su santidad eminentísima.

Sometamos dóciles nuestra inteligencia y nuestra voluntad á las enseñanzas y disposiciones de Dios, de la Santa Iglesia y de sus sagrados ministros, sin dudas, sin vacila-

ciones, sin reticencias y sin pretender en modo alguno escudriñar lo que está muy por encima de nuestra pobre razon. Imitemos la sencillez y docilidad de Maria, al someterse á la voluntad divina, comunicada por el Angel, á pesar de que tenia por base el misterio de la Encarnacion, incomprendible, como todos los misterios y en pugna al parecer con lo que la humana razon alcanza.

No hagamos alarde de lo bueno que hallemos en nosotros, porque tal vez esa bondad sea más aparente que verdadera, ó no tanta como la soberbia nos dice; porque, aunque sea cual nos parece, á poco que la analicemos, resultará mezclada con grandísimas imperfecciones; y porque aún esa pequeña parte de bondad tendrá su origen en Dios, autor de la naturaleza y de la gracia.

Procuremos evitar las ocasiones que la bulliciosa vida mundana ofrece al desarrollo de la soberbia, siempre pronta á surgir y dominar el corazon, y huir ménos de la soledad que convida á la meditacion de las verdades que, dándonos á conocer lo poco que somos y valemos, fortifican el espíritu y le disponen para vencer en la lucha con esa insidiosa pasion.

Desarraiguemos de nuestro corazon esa especie de ingénita tendencia que nos impulsa á tratar con desden ó menosprecio á los que reputamos inferiores; y trabajemos para desarrollar en él los hermosísimos sentimientos que impelen á servir á todos con la caridad propia de verdaderos hermanos.

Cerremos nuestros oidos á la seductora voz de la soberbia que trata de inducirnos á buscar y á buscar con ánsia muchas veces, los honores, la distinciones y las preeminencias; y acostumbremos á apetecer siempre el último lugar, pensando que es el que verdaderamente nos corresponde, ó, á lo ménos, á no desdeñarnos de ocupar uno inferior al que, tal vez equivocadamente, juzgamos que merecemos.

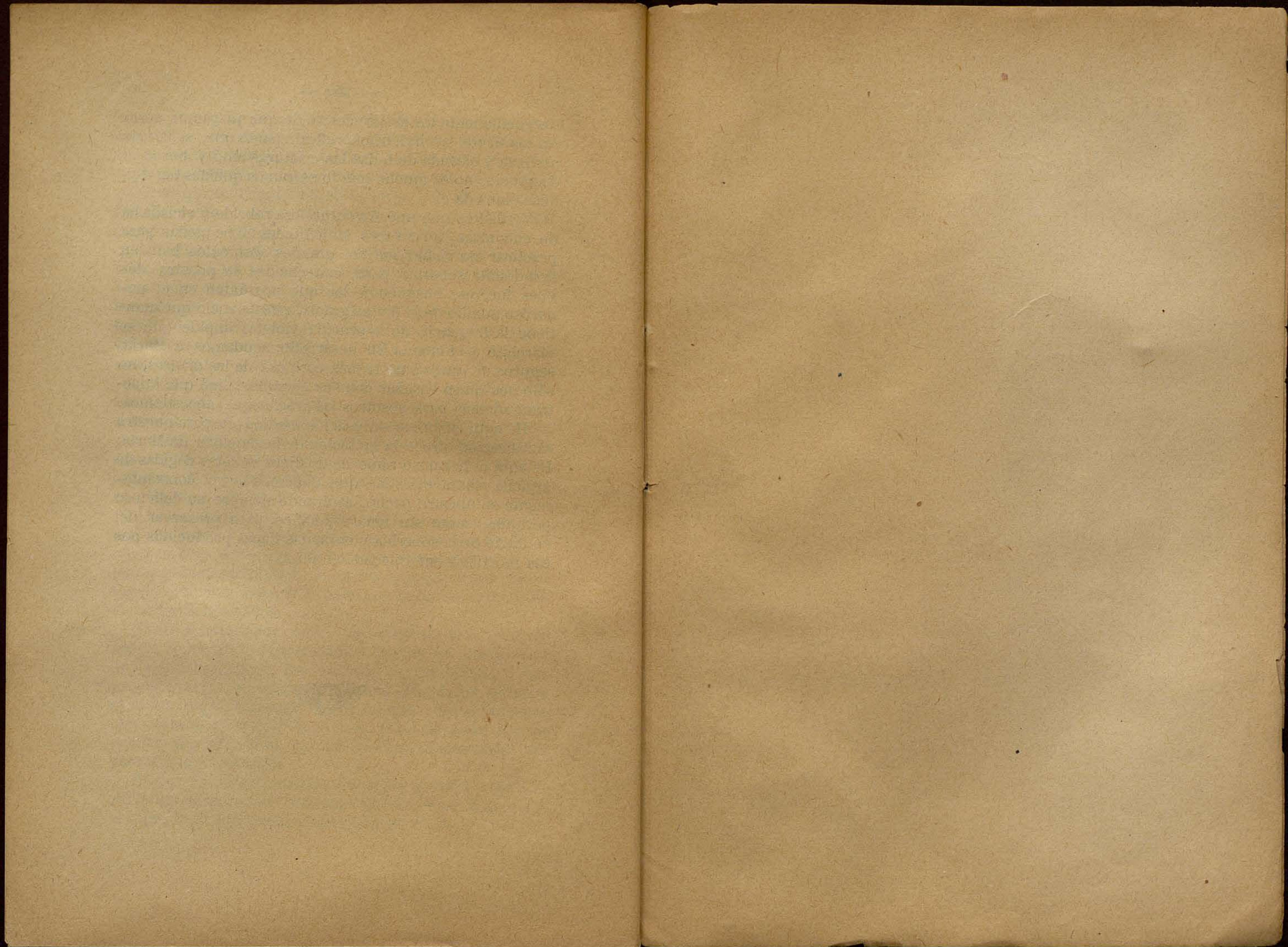
Y, por último, si nuestra debilidad y miseria no nos permiten alcanzar el heroismo del amor al desprecio, seamos, al ménos, bastante sencillos y humildes para sufrir

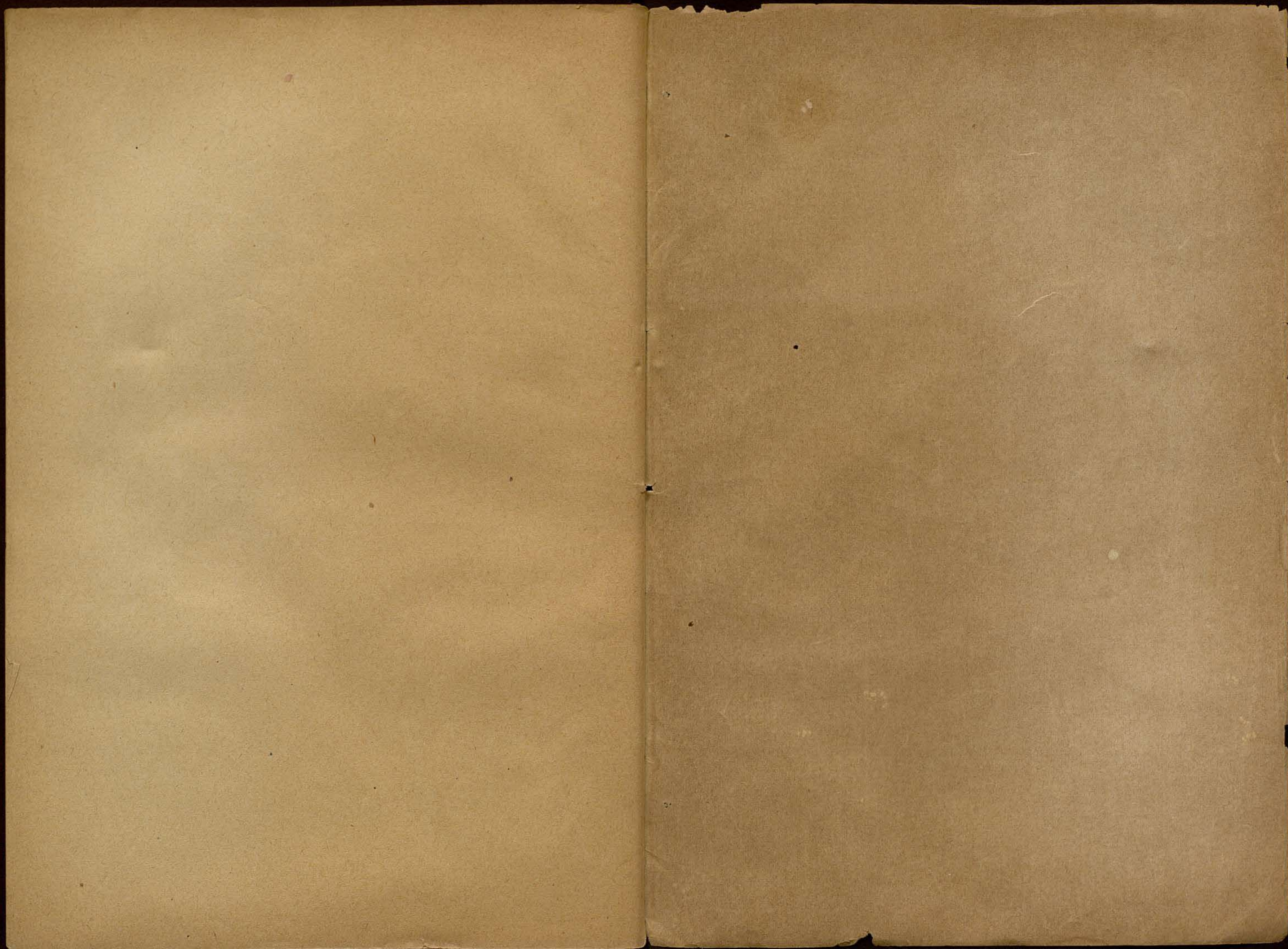
resignadamente los desprecios, ó lo que juzgamos serlo sin abatirnos ni irritarnos, reflexionando que, si la más perfecta y elevada de todas las criaturas amó y buscó el desprecio, no es mucho que lo suframos quienes tan dignos somos de él.

Verdad es que nuestra naturaleza rebelde y viciada ha de encontrar, á las veces, dificultades no pequeñas para practicar esa virtud que tan grandes obstáculos halla en la indómita soberbia; pero, convencidos de nuestras débiles fuerzas, busquemos las que nos falten en el poderoso auxilio de la divina gracia, celeste rocío que mantiene la fragancia de la sencilla violeta, impide que se marchite y fomenta su desarrollo; acudamos á Maria, seguros de que, como la más cariñosa de las madres, no sólo nos quiso enseñar con sus ejemplos, sinó que imetrará además para nosotros las gracias que necesitamos.

Hé aquí en breve síntesis los medios que para nuestra santificacion ofrece la imitacion de la sencillez de Maria. Hé aquí el hermoso ramo de místicas violetas cogidas de Aquella planta celestial, que debemos llevar constantemente en nuestro pecho, aspirando siempre su delicioso perfume, como sin igual específico, para preservar del contagio de la soberbia y curar las llagas producidas por esa mortífera enfermedad del alma.









ACADEMIA

Bibliográfico-Mariana



CERTÁMEN PÚBLICO

dedicado á

NTRA. SRA. DE VALIBANA.



PORTE TERCERA.

